

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 20 de la Moda.

1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 927.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

La Guerra Ilustrada; grabados. — **Relacion del ministro de Negocios extranjeros al gobierno de la defensa nacional.** — **El sitio de Estrasburgo;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Poesía.** — **Anécdota.** — **Requisiciones de los prusianos en una granja;** grabado. — **Habitantes de Bazailles condenados a muerte;** grabado. — **Escenas de la vida inglesa.** — **Vista de la ciudad de Toul;** grabado. — **Desastre de Sedan;** grabado. — **Descubrimiento del globo-correo de Metz;** grabado. — **Muñanos haciendo una requisicion en una granja;** grabado. — **De Villahermosa á la China.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Defensa de Paris;** grabado.

La Guerra Ilustrada.

Capitulacion de Estrasburgo y de Toul. — Los campamentos de los prusianos. — Las requisiciones. — Convoy de habitantes de Bazailles condenados á muerte. — Los cadáveres de Sedan. — El globo de Metz.

En la mañana del 2 de octubre ha circulado en París una terrible noticia: Estrasburgo sin municiones y sin víveres ha debido capitular, é igual desenlace ha tenido la resistencia de Toul.

Hé aqui en qué términos el gobierno de la defensa nacional ha comunicado la fatal nueva á los parisienses.

« Ciudadanos:

» El gobierno os debe la verdad sin comentarios y sin rodeos.

» Los repetidos golpes de la mala fortuna no pueden ya descorazonaros ni abatiros.

» Esperais á la Francia; pero no contaís mas que con vosotros mismos.



LA GUERRA. — Campamento prusiano en los soportales de la plaza de Pont-á-Mousson.

» Dispuestos á todo podeis soberlo todo. Toul y Estrasburgo acaban de sucumbir.

» Durante cincuenta dias esas dos heróicas ciudades han sufrido con varonil constancia, una verdadera lluvia de balas de cañon y de bombas.

» Sin municiones y sin víveres, desafiaban todavía al enemigo.

» No capitularon hasta que vieron que se hundian bajo el fuego de los sitiadores sus desmanteladas murallas.

» Al caer arrojaron una mirada á Paris para afirmar una vez mas la unidad y la integridad de la patria, la indivisibilidad de la República, y para legarnos con el deber de libertarla, la honra de vengarlos.

» ¡ Viva Francia! ¡ Viva la República!

*
**

Nos faltan datos oficiales; pero segun leemos en varios periódicos, la capitulacion de Estrasburgo habia tenido lugar en las circunstancias siguientes:

Desde el 20 de setiembre estaban terminadas las obras de los prusianos. El tiro cercano de su artillería logró hacer brecha, y hacia tres dias que los defensores peleaban sin que se les hubiese repartido racion ninguna. El asalto habria sido fácil y por esta razon capitularon.

Su guarnicion, compuesta de 7,000 hombres de tropa y de 11,000 guardias nacionales quedó prisionera.

¡ Honor al ejército y honor á la guardia nacional, que el enemigo trata bajo el mismo pié que el ejército activo, tal ha sido su arrojio y su denuedo en la memorable defensa!

*
**

Damos en este número varios dibujos que representan á los prusianos en sus campamentos, haciendo requisiciones en las aldeas, ó lo que es lo mismo, procediendo á un saqueo organizado, pues no de otro modo deben interpretarse sus demandas siempre en desproporcion con las poblaciones que deben satisfacerlas.

Ninguna de estas láminas exige explicacion particular, porque el asunto se demuestra bien claramente por el mismo dibujo.

Tampoco tenemos nada que decir sobre el dibujo de la página 265 que representa un convoy de habitantes de Bazeilles condenados á muerte por los prusianos. Nuestros lectores saben que el pueblo de Bazeilles fué incendiado y saqueado porque se defendió valerosamente, y que los habitantes que sobrevivieron fueron pasados por las armas. No hay necesidad de comentarios.

*
**

Por largo tiempo el desastre de Sedan nos suministrará recuerdos espantosos. La escena representada en la página 268 *el Mosa arrastrando cadáveres*, es un cuadro copiado del natural por nuestro dibujante.

La batalla de Sedan pertenece á la historia y todos cuantos documentos se reunan servirán en su dia, para hacer caer la responsabilidad en aquel ó aquellos á quienes corresponda. Bajo este concepto parécenos oportuno publicar aquí el texto de la capitulacion firmada por M. de Moltke y M. Wimpffen, que dice de este modo:

Entre los firmantes, jefe de estado mayor del rey Guillermo, comandante en jefe de los ejércitos de Alemania, y el general comandante del ejército francés, ambos revestidos con plenos poderes de S. M. el rey Guillermo y el emperador Napoleon, se ha concluido la convencion siguiente:

Art. 1º El ejército francés colocado bajo las órdenes del general Wimpffen, encontrándose rodeado por tropas superiores en Sedan, es prisionero de guerra.

Art. 2º Vista la defensa valerosa de este ejército francés, se exceptúan todos los generales y oficiales, así como todos los empleados superiores de carácter de oficiales que den su palabra de honor por escrito de no tomar las armas contra la Alemania, ni de obrar de ningun modo contra sus intereses, hasta el fin de la guerra actual. Los oficiales y empleados que acepten estas condiciones, conservarán sus armas y los efectos que les pertenezcan personalmente.

Art. 3º Todas las armas, así como el material del ejército consistente en banderas, águilas, cañones, municiones, etc., serán entregados en Sedan á una comision militar instituida por el general en jefe para ser remitidas inmediatamente á los comisarios alemanes.

Art. 4º La plaza de Sedan será entregada en su estado actual y á mas tardar en la tarde del dia 3, á S. M. el rey Guillermo.

Art. 5º Los oficiales que no acepten las condiciones mencionadas en el art. 2º así como las tropas desarmadas, marcharán, colocándolos segun su regimiento ó cuerpo en órden militar.

Esta medida empezará el 2 de setiembre y terminará el dia 3. Dichos destacamentos serán conducidos al ter-

reno que bordea la Meuse, cerca de Iges, para ser entregados á los comisarios alemanes por sus oficiales, que cederán entonces el mando á los subtenientes.

Los médicos mayores sin excepcion alguna quedarán á retaguardia para curar los heridos.

En Fresnois, 2 de setiembre de 1870.

*
**

Hace algunos dias tuvimos en Paris noticias del ejército del mariscal Bazaine, bloqueado en Metz, por medio de un globo que cayó en un bosque donde fué descubierto, segun se ve en nuestro dibujo de la página 269.

Hé aquí lo que sobre este punto publicaba el *Journal Officiel*:

« Neuchateau 17 de setiembre de 1870, á la una de la mañana.

» El sub-prefecto de Neuchateau al señor ministro de la Guerra en Paris.

» Esta noche, cerca de las seis y media, un pequeño globo, debajo del que iba atada una navecilla, ha sido encontrado en un lado del bosque situado sobre el territorio de Jagny-sous-Murean, á 10 kilómetros de Neuchateau. En esta navecilla se encontraba un paquete atado y cubierto con una tela blanca engomada. Este paquete ha sido abierto, y lo primero que se ha leído sobre un pedazo de pergamino, ha sido un escrito fechado de esta mañana (16 de setiembre), firmado por el general Coffinières, comandante de la plaza de Metz y sellado con su sello, por el cual este oficial superior rogaba á la persona en cuyas manos cayera el paquete en cuestion, lo llevara á la mas próxima oficina de correos francesa. El alcalde de Pargny, informado de este descubrimiento, se apresuró á cumplir la recomendacion del general, llevando el paquete á la oficina de Neuchateau.

» Inmediatamente me presenté en la oficina de correos, y bajo el sobre engomado he encontrado ocho paquetes distintos, compuestos de unas cinco mil cartas pequeñas, dirigidas á sus familias por nuestros soldados de Metz. Todas las cartas tienen la misma direccion, formando un cuadrado largo de seis centímetros, por ocho ó nueve de ancho. Durante tres horas el administrador de correos y yo hemos leído gran número de estas cartas, con el objeto de descubrir las noticias que podian ser útiles á vuestro conocimiento.

» Voy á reproducir los párrafos extractados de gran número de cartas que me han parecido las mas importantes:

» 2º paquete por via de 2º globo, 16 de setiembre á las ocho de la mañana.

» Continuamos bloqueados en Metz desde hace cerca de un mes. Nada nos falta. Rodeados desde el dia 17; pero estad tranquilos, dentro de algunos dias saldremos de aquí. No tenemos ni hambre, ni epidemia; el ejército está en buen estado; no nos faltan sino noticias. Estamos bloqueados desde la batalla de Gravelotte. Los prusianos están en Viev. Os habia escrito que partia para Verdun, pero nos hemos detenido en el camino. La ciudad encierra todavía muchas provisiones y ninguna enfermedad. Esperamos los acontecimientos con calma; escribe el general Jolivet al mariscal Vaillant.

» No hemos tenido encuentro ninguno desde el 4º de setiembre; estamos acampados en los alrededores de Metz, debajo de los fuertes; nada nos falta, estamos en la abundancia y hasta creo que engordo. El bloqueo es riguroso, pero no nos importa. Aunque digan lo que digan, el ejército de Bazaine no ha sido derrotado. Hemos vencido el 14, el 16, el 18 de agosto; el 31 existe completo y todavía no hemos acabado. Cuando llegue el momento de abrirnos paso nos lo abriremos. El estado sanitario es excelente. Esperamos todavía derrotar á los prusianos. Nos hemos batido gloriosamente el 14, 16, 18, 31 de agosto y el 4º de setiembre. El punto de partida del globo que os llevará estos despachos es la Escuela de aplicacion. No nos es permitido el escribir mas largo. Estoy sano y salvo y soy jefe de batallon á consecuencia de los combates de Servigny y de Nosserlylle del 31 de agosto y 4º de setiembre.

» Existe en mi regimiento el mismo entusiasmo que cuando salimos de Paris. Estamos acampados en Borny-sous-Metz. He asistido á las batallas de Borny, Gravelotte, Saint-Privat y Gervigny. Yo me encuentro bien, aunque habiendo tomado parte en los combates del 14, 18, 31 de agosto y 4º de setiembre. La navecilla del globo puede sostener dos libras de peso, y no nos es permitido escribir mas largo. Es el 2º globo que tratamos de hacer llegar. El coronel Karledec ha muerto á consecuencia de sus heridas, y no deseamos sino que vuelva el buen tiempo. Nada nos falta.

» Estas diversas cartas saldrán por el correo de la mañana para sus destinos respectivos.

Este mismo sistema de despachar globos con la correspondencia para las provincias y el extranjero, se ha adoptado en Paris desde el principio del sitio, y está dando de sí los mejores resultados.

R. S.

Relacion

DEL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS AL GOBIERNO DE LA DEFENSA NACIONAL.

A los señores miembros del gobierno de la defensa nacional.

Mis queridos colegas:

La union íntima de todos los ciudadanos, y particularmente de los miembros del gobierno, es hoy mas que nunca, una necesidad de salud pública. Cada uno de nuestros actos debe cimentarla. El que acabo de cumplir por mi propio arbitrio me fué inspirado por este sentimiento, y tendrá este resultado. He tenido el honor de explicároslo sucintamente. Esto no basta. Somos un gobierno de publicidad; si en el momento de la ejecucion el secreto es indispensable, una vez consumado el hecho debe rodearse de la mayor claridad. Si somos alguna cosa lo debemos á la opinion de nuestros conciudadanos, es preciso que nos juzguen á cada instante, y para juzgarnos tienen el derecho de conocerlo todo.

He creído que era mi deber ir al cuartel general de los ejércitos enemigos; he ido. Os he dado cuenta de la mision que me habia impuesto á mí mismo; voy á decir á mi pais las razones que me han determinado, el fin que me proponia, el que creo haber alcanzado.

No tengo necesidad de recordar la política inaugurada por nosotros y que el ministro de Negocios extranjeros estaba encargado de formular mas particularmente. Somos, ante todo, los hombres de paz y de libertad. Hasta el último momento nos hemos opuesto á la guerra que emprendia el gobierno imperial en un interés exclusivamente dinástico, y cuando este gobierno ha caído hemos declarado perseverar con mas energía que nunca en la política de la paz.

Esta declaracion la haciamos cuando por la criminal locura de un hombre y de sus consejeros nuestros ejércitos estaban destruidos; nuestro glorioso Bazaine y sus valientes soldados bloqueados delante de Metz; Estrasburgo, Toul, Phalsburgo derrocados por las bombas; el enemigo victorioso en marcha sobre nuestra capital. Nunca hubo situacion mas cruel; no inspiró, sin embargo, al pais ninguna idea de debilidad, y nosotros creimos ser su fiel intérprete presentando explícitamente esta condicion: ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas.

Si en este momento, en que acababa de realizarse un hecho tan considerable como el derrocamiento del promotor de la guerra, la Prusia hubiera querido tratar sobre las bases de una indemnizacion á determinar, la paz estaba hecha; hubiera sido acogida como un inmenso beneficio, se hubiera convertido en una prenda positiva de reconciliacion entre dos naciones que tan solo una política odiosa ha dividido fatalmente.

Esperábamos que la humanidad y el interés bien entendido alcanzaria esta victoria, bella entre todas, porque habria abierto una nueva era, y los hombres de Estado que hubieran unido su nombre habrian tenido por guias: la filosofía, la razon y la justicia; como recompensa: las bendiciones y la prosperidad de los pueblos.

Con estas ideas he emprendido la peligrosa tarea que me habiais confiado. Debía, ante todo, rendirme cuenta de las disposiciones de los gabinetes europeos y tratar de conciliarme su apoyo. El gobierno imperial lo habia descuidado completamente, ó habia fracasado en sus tentativas. Se ha lanzado en la guerra sin una alianza, sin una organizacion formal; todo á su alrededor era hostilidad ó indiferencia; cosechaba el amargo fruto de una política injuriosa para cada uno de los Estados vecinos, por sus amenazas ó sus pretensiones.

Apenas estábamos en el Hotel de Villa cuando un diplomático, cuyo nombre no es oportuno revelar aun, solicitaba entrar en relaciones con nosotros. Al dia siguiente vuestro ministro recibia á los representantes de todas las potencias. La República de los Estados Unidos, la República helvética, Italia, España, Portugal, reconocian oficialmente la República francesa. Los otros gobiernos autorizaban á sus agentes á mantener con nosotros relaciones oficiosas que nos permitian entrar inmediatamente en conferencias útiles.

Daria á esta exposicion, muy extensa de por sí, un desarrollo que no sobrelleva si contase detalladamente la corta, pero instructiva historia de las negociaciones que se han seguido. Creo poder afirmar que no carecerá absolutamente de valor para nuestro crédito moral.

Me concreto á decir que por do quiera hemos encontrado honorables simpatías. Mi objeto era agruparlas y determinar las potencias firmantes de la línea de neutrales, á intervenir directamente con la Prusia, tomando por base las condiciones que yo habia presentado. Cuatro de estas potencias me lo han ofrecido, y les he manifestado, en nombre de mi patria, mi gratitud, pero queria el concurso de las otra dos. La una me ha prometido una accion individual cuya libertad se ha

reservado; la otra me ha propuesto ser mi intermediaria con la Prusia. Aun ha dado un paso mas; á instancias del enviado extraordinario de la Francia se ha prestado á recomendar directamente mis tentativas. He pedido mucho mas, pero no he rehusado ningun concurso, comprendiendo que el interés que nos demostraban, era una fuerza que no debía descuidarse.

Sin embargo, el tiempo no se detenía, cada hora acercaba al enemigo. Presa de punzantes emociones, me habia prometido á mí mismo no dejar empezar el sitio de Paris sin intentar un paso supremo, aunque fuese yo solo para darlo.

El interés no tiene necesidad de ser demostrado. La Prusia guardaba silencio y nadie consentia en interrogarla. Esta situacion era insostenible; permitia á nuestro enemigo hacer pesar sobre nosotros la responsabilidad de la continuacion de la lucha; nos condenaba á eallarnos sobre sus intenciones. Era necesario salir de este estado de cosas. A pesar de mi repugnancia, me determiné á usar de los buenos oficios que se me ofrecian, y el 10 de setiembre recibia M. de Bismark un telégrama preguntándole si queria entrar en discusion sobre condiciones de transaccion. Una primera contestacion era un *no ha lugar* á causa de la irregularidad de nuestro gobierno. Sin embargo, el canciller de la Confederacion de la Alemania del Norte no insistió y me hizo preguntar qué garantías presentábamos para la ejecucion de un tratado. Allanada por mí esta segunda dificultad, era preciso ir mas lejos. Me propusieron mandarse un correo y acepté. Al mismo tiempo telegrafaban directamente á M. de Bismark, y el primer ministro de la potencia que nos servia de intermediaria decia á nuestro enviado extraordinario, que solamente la Francia podia obrar, añadia que seria deseable que no retrocediese ante un paso al cuartel general. Nuestro enviado que conocia el fondo de mi corazon respondió que estaba pronto á todos los sacrificios para hacer mi deber, que habia pocos tan penosos como ir á través de las líneas enemigas á buscar á nuestro vencedor, pero que pensaba que me resignaria á ello. Dos dias despues el correo volvia. Despues de mil obstáculos, habia visto al canciller que le dijo estaba dispuesto voluntariamente á hablar conmigo.

Hubiera deseado una contestacion directa al telégrama de nuestro intermediario; se hacia esperar. La circunvalacion de Paris llegaba á su término. No se podia titubear por mas tiempo, y me resolví á partir.

Solamente me importaba que se ignorase este paso mientras que se realizaba; recomendé el secreto y he quedado dolorosamente sorprendido al volver ayer noche sabiendo que no se ha conservado. Una indiscrecion culpable se ha cometido. Un periódico, *el Elector libre*, desaprobado ya por el gobierno, la ha aprovechado; se ha abierto una informacion y espero poder reprimir este doble abuso.

Habia llevado tan lejos el escrúpulo de la discrecion que lo he observado aun con vosotros, mis queridos colegas. No me he resuelto sin un vivo disgusto. Pero conocia vuestro patriotismo y vuestra afeccion; estaba seguro de ser absuelto. Creia obedecer á una imperiosa necesidad. Una vez os habia hablado de las agitaciones de mi conciencia y os habia dicho que no estaria tranquila hasta que hubiera hecho todo lo humanamente posible para detener honrosamente esta abominable guerra. Recordando la conversacion provocada por esta apertura, temia objeciones y estaba decidido; además, queria estar libre de todo compromiso al abordar á M. de Bismark, á fin de tener el derecho de no tomar ninguno. Os hago estas confesiones sinceras, las hago al pais para separar de vosotros una responsabilidad que asumo yo solo. Si mi paso es una falta, yo solo debo soportar la pena.

Habia advertido, sin embargo, al ministro de la Guerra que tuvo á bien darme un oficial para conducirme á las avanzadas. Ignorábamos la situacion del cuartel general. Se le suponía en Grosbois. Nos dirigimos hácia el enemigo por la puerta de Charenton.

Suprimo todos los detalles de este doloroso viaje, de gran interés, pero que sin embargo no estarian en su lugar en esta relacion. Llevado á Villeneuve-Saint-Georges, donde se encontraba el general en jefe comandante del 6º cuerpo, supe bastante tarde que el cuartel general estaba en Meaux. El general, cuyo proceder no puedo menos de alabar, me propuso mandar un oficial portador de la carta siguiente, que habia preparado para M. de Bismark.

« Señor conde :

» He creído siempre que antes de romper formalmente las hostilidades bajo los muros de Paris, era imposible que no se intentase una transaccion honrosa. La persona que ha tenido el honor de ver á V. E., dos dias hace, me ha dicho haber recogido de vuestros labios la expresion de un deseo análogo. He venido á las avanzadas á ponerme á la disposicion de V. E. Espero que tendrá á bien hacerme saber cómo y dónde podré tener la honra de conversar con vos algunos instantes.

» Tengo el honor de ser con la mayor consideracion el muy humilde y obediente servidor de V. E.,

» JULIO FAVRE. »

18 de setiembre de 1870.

Estábamos separados por una distancia de 48 kilóme-

tros. A la mañana siguiente á las seis, recibia la contestacion que transcribo :

« Meaux 18 de setiembre de 1870.

» Acabo de recibir la carta que V. E. ha tenido la amabilidad de escribirme, y me será en extremo agradable si quereis hacerme el honor de venir á verme mañana, aquí, á Meaux.

» El portador de la presente, el príncipe Biron, velará para que V. E. sea guiado á través de nuestras líneas.

» Tengo la honra de ser, con la mayor consideracion de V. E., el muy obediente servidor,

» DE BISMARCK. »

A las nueve la escolta estaba pronta y partia con ella. Llegado cerca de Meaux, hácia las tres de la tarde, me detuvo un ayudante de campo que venia á anunciarme que el conde habia salido de Meaux con el rey para ir á dormir á Ferrieres. Nos habíamos cruzado; volviendo el uno y el otro sobre nuestros pasos debíamos encontrarnos.

Volví á andar el camino y me apeé en el patio de una granja enteramente saqueada, como casi todas las casas que he visto en mi camino. Al cabo de una hora se me unió M. de Bismark. Nos era difícil hablar en semejante sitio. Una habitacion, el castillo de la *Haute-Maison*, perteneciente al conde de Billac, estaba próxima; nos trasladamos á ella y la conversacion se trabó en un salon donde yacian en desorden despojos de toda naturaleza.

Quisiera relataros esta conversacion toda entera, tal como la he dictado á un secretario al dia siguiente. Cada detalle tiene su importancia; pero no puedo hacer mas que analizarla.

Al principio he precisado el objeto de mi medida.

Habiendo hecho conocer por mi circular las intenciones del gobierno francés, queria saber las del primer ministro prusiano. Me parecia inadmisibles que dos naciones continuasen, sin explicarse previamente, una guerra terrible que, á pesar de sus ventajas, inferia al vencedor sufrimientos profundos. Nacida del poder de uno solo, esta guerra no tenia razon de ser, cuando la Francia volvia á ser dueña de ella misma; yo salia garante de su resolucion inalterable de no aceptar ninguna condicion que hiciese de esta paz una corta y amenazadora tregua.

M. de Bismark me ha respondido que si tuviese la conviccion de que una paz semejante fuese posible, la firmaria inmediatamente. Ha reconocido que la oposicion habia condenado siempre la guerra. Pero el poder que representa hoy dia esa oposicion es mas que precario. Si en algunos dias Paris no está tomado, será hundido por el populacho...

Le he interrumpido para decirle que no habia populacho en Paris, sino una poblacion inteligente, abnegada, que conocia nuestras intenciones y que no se haria cómplice del enemigo, poniendo trabas á nuestra mision de defensa. En cuanto á nuestro poder, estábamos prontos á depositarlo en manos de la Asamblea convocada ya por nosotros.

« Esa Asamblea, ha respondido el conde, tendrá designios que nada puede hacernos presentir. Pero si obedece al sentimiento francés querrá la guerra. No olvidareis la capitulacion de Sedan, como no olvidásteis Waterloo y Sadowa que no os respetaba. » Luego ha insistido largamente sobre la voluntad bien firme de la nacion francesa, de atacar á la Alemania y tomarle una parte de su territorio. Desde Luis XIV hasta Napoleon III, sus tendencias han sido las mismas, y cuando se anunció la guerra, el Cuerpo legislativo cubrió de aclamaciones las palabras del ministro.

Le he hecho observar que la mayoría del Cuerpo legislativo habia aclamado la paz algunas semanas antes; que esta mayoría elegida por el príncipe, se habia creído por desgracia obligada á ceder ciegamente, pero que la nacion, consultada dos veces, en las elecciones de 1869 y en el voto del plebiscito, habia adherido enérgicamente á una política de paz y de libertad.

La conversacion se ha prolongado sobre este punto, manteniendo el conde su opinion, mientras yo defendia la mia; y como lo acosase vivamente sobre sus condiciones, me ha respondido con claridad, que la seguridad de su patria le ordenaba guardar el territorio que la garantia. Me ha repetido varias veces :

— Estrasburgo es la llave de la casa y debo guardarla.

Le he invitado á ser mas explícito todavía.

— Es inútil, objetaba, porque no podemos entendernos; es un asunto que se arreglará mas tarde.

Le he rogado lo hiciese inmediatamente: me ha dicho entonces que los dos departamentos del Bajo y Alto-Rhin, una parte del de la Mosela, con Metz, Chateau-Salins y Soissons le eran indispensables y que no podia renunciar á ellos.

Le he hecho observar que el consentimiento de los pueblos de que disponia así, era mas que dudoso, y que el derecho público europeo no le permitia pasar por encima de él.

— Sí tal, me ha contestado. Estoy convencido de que no nos quieren. Nos impondrán un rudo trabajo, pero no podemos dejar de tomarlos. Estoy seguro de que en

una época cercana tendremos una nueva guerra con vosotros.

Me he rebelado, como debia, contra semejantes soluciones. He dicho que me parecia olvidaban dos elementos importantes de la discusion: ante todo, la Europa, que podria encontrar sus pretensiones exorbitantes, y oponerse; el derecho nuevo despues, el progreso de las costumbres, totalmente antipático á tales exigencias. He añadido que, en cuanto á nosotros, no las aceptaríamos nunca. Podemos perecer como nacion, pero no deshonrarnos; ante todo el pais solo es competente para pronunciarse sobre una cesion territorial. No dudamos de su sentimiento, pero queremos consultarlo. Es, pues, frente á él que se encuentra la Prusia. Y para ser francos, es claro que embriagada por sus victorias, quiere la destruccion de la Francia.

El conde ha protestado, atrincherándose siempre en las absolutas necesidades de la garantía nacional. He proseguido: « Si no es de vuestra parte un abuso de fuerza, que oculta designios secretos, dejadnos reunir la Asamblea, le remitiremos nuestros poderes, y nombrará un gobierno definitivo que apreciará vuestras condiciones. »

Para la ejecucion de ese plan, me ha contestado el conde, seria necesario un armisticio, y no lo quiero á ningun precio.

La conversacion tomaba un giro cada vez mas penoso. Llegaba la noche; pedí á M. de Bismark, una segunda entrevista en Ferrieres, donde iba, y cada uno partimos de nuestro lado.

Queriendo llenar mi mision hasta el fin, debia volver sobre varias de las cuestiones que habiamos tratado y concluir. Por lo tanto, al ver al conde hácia las nueve y media de la noche, le hice observar que estando destinados á ser comunicados á su gobierno y al público, los informes que le iba á pedir, reasumia terminando nuestra conversacion, para no publicar mas que lo que quedase bien establecido entre nosotros.

— No os tomeis esa molestia, me respondió, os la entrego toda entera; no veo ningun inconveniente en que se divulgue.

Seguimos entonces la discusion que se prolongó hasta la media noche. Insistí particularmente sobre la necesidad de convocar una asamblea. El conde fingió dejarse convencer poco á poco y volvió al armisticio. Yo le pedia quince dias. Discutimos las condiciones. No se explicó mas que de un modo muy incompleto, reservándose consultar al rey. En consecuencia, prolongó nuestra entrevista hasta al dia siguiente á las once.

No me queda mas que una palabra que decir; porque al reproducir este doloroso relato, mi corazon se agita con todas las emociones que lo han torturado durante estos tres dias mortales, y me tarda concluir. A las once estaba en el castillo de Ferrieres. El conde salió de casa del rey á las doce menos cuarto, y me dijo las condiciones que imponia para el armisticio; estaban consignadas en un texto escrito en alemán y del cual me dió comunicacion verbal.

Pedia por prenda la ocupacion de Estrasburgo, Toul y Phalsburgo, y como la vispera le habia dicho que la Asamblea debia reunirse en Paris, queria en este caso, tener un fuerte que dominase la ciudad... el monte Valeriano, por ejemplo...

Le interrumpí para decirle :

— Es mucho mas sencillo que nos pidais á Paris. ¿Cómo quereis admitir que una asamblea francesa deliberare bajo vuestros cañones? He tenido el honor de decirlos que transmitiria fielmente nuestra conversacion al gobierno, y francamente, no sé si me atreveré á decirle que me habeis hecho una proposicion parecida.

— Busquemos otra combinacion, me ha respondido.

Se ha hablado de la reunion de la asamblea en Tours, no tomando ningun compromiso del lado de Paris.

Me ha propuesto hablar al rey, y volviendo sobre la ocupacion de Estrasburgo ha añadido :

— La ciudad va á caer en nuestro poder: no es mas que un asunto de cálculo de ingeniero. Por lo tanto, os pido que la guarnicion se rinda prisionera de guerra.

A estas palabras el dolor me ha traspasado el alma y levantándome he exclamado :

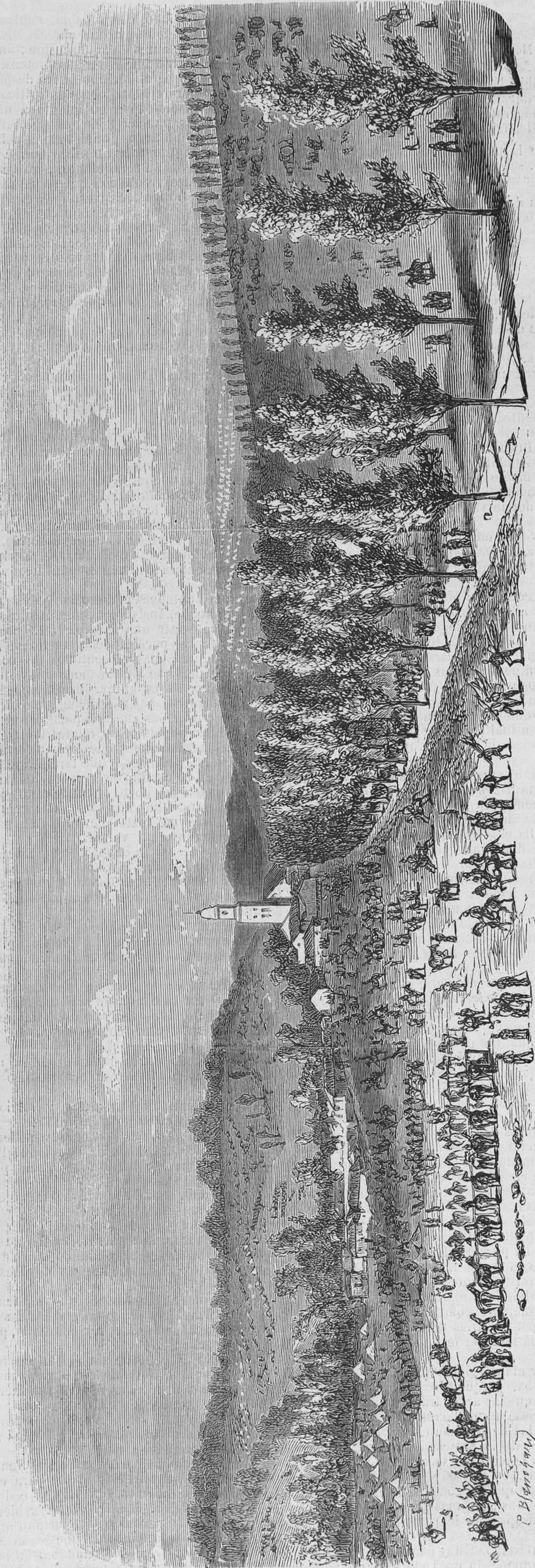
— Señor conde, olvidais que estais hablando con un francés; sacrificar una guarnicion heroica, que causa nuestra admiracion y la del mundo, seria una cobardia, y no os prometo decir que me habeis puesto una condicion tal.

El conde me ha contestado que no tenia la intencion de herirme, que se conformaba á las leyes de la guerra, y que además, si el rey consentia, podria modificarse este artículo.

Ha entrado al cabo de un cuarto de hora. El rey aceptaba la combinacion de Tours, pero insistia en que la guarnicion de Estrasburgo fuese prisionera.

Mis fuerzas me abandonaban, y temí un instante desfallecer. Me volví para devorar las lágrimas que me ahogaban, y excusándome de esa debilidad involuntaria me despedí con estas sencillas palabras :

— Me he engañado, señor conde, al venir aquí: no me arrepiento, he sufrido bastante para excusarme á mis propios ojos; además, tan solo he cedido al sentimiento de mi deber. Relataré á mi gobierno todo lo que me habeis dicho, y si juzga oportuno mandarme de nuevo á vuestro lado, por cruel que sea este paso, tendré el honor de volver. Os agradezco la benevolencia que me habeis demostrado, pero creo que no haya mas que dejar seguir su marcha á los acontecimientos. La



LA GUERRA. — Campamento de prusianos en Boulay.

poblacion de Paris es valerosa, y está resuelta á los últimos sacrificios; su patriotismo puede cambiar el curso de los sucesos. Si teneis el honor de vencerla, no la sometereis. La nacion entera tiene estos mismos sentimientos. Mientras tanto que encontremos en ella un sentimiento de resistencia os combatiremos. Es una lucha indefinida entre dos pueblos que deberian darse la mano. Habia esperado otra solucion. Parto muy desgraciado y sin embargo lleno de esperanza.

No añado nada á este relato, muy elocuente por sí mismo. Me permite concluir y deciros cuál es en mi sentido, el resultado de estas entrevistas. Buscaba la paz y he encontrado una voluntad inflexible de conquista y de guerra. Pedia la posibilidad de interrogar la Francia representada por una Asamblea libremente elegida, y me han respondido mostrándome las horcas caudinas por las que debia pasar previamente. No reprimino á nadie. Me concreto á precisar los hechos, á señalarlos á mi pais y á la Europa. He querido ardentemente la paz, no lo oculto, y viendo durante tres dias las miserias de nuestros infortunados pueblos, sentia engrandecerse en mí este amor con tal violencia, que debia acudir á todo mi valor para no perecer en mi mision. He deseado con igual viveza un armisticio, lo confieso tambien, le he deseado para que la nacion pudiese ser consultada sobre la formidable cuestion que la fatalidad levanta delante de nosotros.

Ahora conoceis las condiciones previas que pretenden hacernos sufrir. Como yo, y sin discusion, habeis sido unánimes en que era preciso rechazar la humillacion. Tengo la conviccion profunda de que, á pesar de los sufrimientos que padece y los que prevé, la Francia indignada comparte nuestra resolucion, y he creido inspirarme en su corazon al escribir á M. de Bismark el telégrama siguiente, que cierra esta negociacion:

« Señor conde :

» He expuesto fielmente á mis colegas del gobierno de la defensa nacional la declaracion que vuestra excelencia ha tenido á bien hacerme. Tengo el sentimiento de anunciar á V. E. que el gobierno no ha podido admitir vuestras proposiciones. Aceptaria un armisticio teniendo por objeto la eleccion y la reunion de una Asamblea nacional. Pero no puede suscribir á las condiciones á que V. E. lo somete. En cuanto á mí, tengo la seguridad de haber hecho todo lo posible para que cesase la efusion de sangre y que se devolviese la paz á nuestras dos naciones, para las cuales seria un gran beneficio. No me detengo sino enfrente de un poder imperioso, que me ordena no sacrifique el honor de mi pais, determinado á resistir enérgicamente. Me asocio sin reserva á su deseo, como al de mis colegas. Dios que nos juzga decidirá de nuestros destinos. Tengo fe en su justicia.

» Tengo el honor de ser vuestro, etc.

» JULIO FAVRE.

» 12 de setiembre de 1870. »

He concluido, mis queridos colegas, y pensareis como yo, que si he fracasado, mi mision no habrá sido, sin embargo, del todo inútil. Ha probado que no hemos cambiado. Como los primeros dias, maldecimos una guerra que condenamos previamente; como los primeros dias tambien, la aceptamos antes que deshonrarnos. Hemos hecho mas; hemos deshecho el equívoco en que se encerraba la Prusia y que la Europa no nos ayudaba á disipar.

Al entrar en nuestro suelo, dió al mundo su palabra de que atacaba á Napoleon y á sus soldados, pero que respetaba la nacion. Hoy sabemos lo que se debe pensar de estas protestas. La Prusia exige tres de nuestros departamentos, dos plazas fuertes, una de cien mil y otra de setenta y cinco mil habitantes, otras ocho ó diez igualmente fortificadas. Sabe que las poblaciones que quiere arrebatar nos las rechazan, sin embargo, se apodera de ellas, oponiendo su cuchilla á las protestas de su libertad cívica y de su dignidad moral.

A la nacion que pide la facultad de consultarse ella misma, propone la garantía de sus obuses establecidos en el Monte Valeriano y protegiendo la sala de sesiones en que votarán nuestros diputados. Hé aquí lo que sabemos y lo que estoy autorizado á deciros. Que el pais nos escuche y se levante, ó para desaprobarnos cuando le aconsejamos combatir hasta la muerte, ó para sufrir con nosotros esta última y decisiva prueba.

Paris está resuelto.

Los departamentos se organizan y van á venir á su socorro. Aun no se ha visto el fin de esta lucha en que se lanza ahora la fuerza contra el derecho. Depende de nuestra constancia que el triunfo pertenezca á la justicia y á la libertad.

Recibid, mis queridos colegas, el fraternal homenaje de mi inalterable abnegacion.

El vice-presidente del gobierno de la defensa nacional, ministro de Negocios extranjeros,

JULIO FAVRE.

P. Bismark



SINETO

EL SITIO DE ESTRASBURGO.

Revista de Paris.

El mes de octubre de 1870 parece una prolongación del verano, de todo punto inusitada, pues no recordamos nunca haber visto unos días tan claros y brillantes. La población de París no pierde su costumbre de celebrar tan raras ocasiones de salir á tomar el sol en esta época del año. Privada de los caminos de hierro que la conducían á tantos y tan preciosos lugares de las cercanías, hoy convertidos en campos de guerra, de desolación y de ruina donde se enseorea la invasión prusiana, se limita á llegar á las fortificaciones, se extiende por las orillas del río y visita algunos de los pueblos que están dentro de la zona fortificada. El domingo último estas expediciones fueron numerosas. La gran cuestión de la defensa de la capital interesa demasiado á todo el mundo para que no sea justificable el deseo de enterarse personalmente del aspecto que presentan en la actualidad varios de los puntos que se creen mas amenazados. Apresurémonos á decir, sin entrar en detalles, que esta inspección popular ha surtido el mejor efecto: todos los parisienses se hallan bien convencidos hoy de que París se encuentra al abrigo de una sorpresa, pues se han acumulado de tal modo y por todas partes las obras de defensa que el golpe de mano que algunos podían temer es realmente imposible.

Las conjeturas sobre los planes del enemigo continúan dando materia á las discusiones en la prensa.

Calculando que las fuerzas de los prusianos se elevan á 350,000 hombres, se examinan los tres medios que pueden plantearse para la toma de la capital, el sitio en regla, el asalto inesperado y el bombardeo y no se cree fácil ninguno de ellos.

Efectivamente, el sitio regular con trabajos de aproche es imposible, si se considera que cada uno de los fuertes puede oponer una resistencia no menos prolongada que la de Estrasburgo.

Ahora bien, ni con 800,000 hombres se podrían sitiar todos á la vez y abrir las trincheras.

Y no es todo aun: terminado este trabajo y suponiendo que saliese vencedor el enemigo, sería preciso repetir al frente del recinto la misma tarea.

En cuanto al ataque á viva fuerza, el movimiento de retirada que han hecho los prusianos sobre sus líneas de circunvalación, prueba al parecer que sus jefes han renunciado á este medio que en un principio se tenía como probable, y aun se llegó á temer como inminente.

Por último, sobre el bombardeo hay diferentes opiniones.

No es decir que nadie se figure que á los prusianos les repugne valerse de ese medio cruel contra una población como París, pues por lo que han hecho en Estrasburgo, se conocen cuáles son sus sentimientos de humanidad y de clemencia; pero es el caso, que sin tomar las murallas ni los fuertes, los proyectiles prusianos solo alcanzarán á ciertos barrios de las extremidades, cuyos habitantes encontrarán fácilmente habitación en otros que seguramente estarán al abrigo de las bombas.

Y para esto será preciso que instalen una artillería de un calibre enorme, y que la guarnición de París no les inquiete con sus salidas, y que los ejércitos que se forman en los departamentos no acudan á la capital, donde están hoy en juego el honor y la vida de la Francia.

Así es que muchos juzgan que también nos hallamos al abrigo del bombardeo.

Pero ¿cuál será entonces el plan de los prusianos? ¿Sitiarnos por hambre?

Otra ilusión, responden los parisienses.

Los víveres abundan para mas de dos meses, y en este tiempo los 500,000 hombres armados que hay en París, habrán ciertamente alcanzado algun triunfo en combinación con las tropas departamentales, que permita la introducción de convoyes.

Es seguro que la lucha va á cambiar de aspecto.

Victor Hugo en su magnífico lenguaje se lo dice á los parisienses.

Por una parte está la Prusia con sus soldados y por otra París con sus ciudadanos; por una parte la fuerza, por otra la voluntad; por un lado un ejército, por otro un pueblo.

El combate del arcángel tendrá hoy el fin que ha tenido siempre.

La Prusia saldrá vencida.

« Esta guerra, añade el poeta, por espantosa que sea, ha sido pequeña hasta hoy; ahora va á ser grande. Lo siento por vosotros, prusianos; pero va á ser preciso cambiar de táctica.

» Siempre sereis dos ó tres contra uno, ya lo sé; pero tenéis que combatir frente á frente.

» Ya no hay selvas, ni matorrales, ni barrancos, ni táctica tortuosa, ni movimientos en la oscuridad. La estrategia de los gatos de nada sirve contra el león. No mas sorpresas. Se

os verá llegar; y es inútil que marcheis en silencio, pues la muerte escucha y su oído es sutil. París armado del rayo observa el horizonte. Vamos, atacad, salid de la sombra, mostraos, combatid cuerpo á cuerpo. Ahora la victoria exigirá un poco de imprudencia. Hay que renunciar á esa guerra de invisibles, á esa guerra á distancia en donde nos matais sin que tengamos el honor de conocerlos.

» Por fin vamos á ver la verdadera batalla. Se han concluido los degüellos en nuestro campo: ya no nos manda la imbecilidad. Teneis que habéroselas con el gran soldado que se llama la Galia en tiempo en que vosotros érais los Borusos, y que se llama Francia hoy que sois los vándalos. ¡La Francia! miles magnus, decia Cesar; soldado de Dios, decia Shakespeare.

» Así, pues, guerra y guerra franca, guerra leal, guerra terrible. Os la pedimos y os la prometemos. Vamos á juzgar á vuestros generales. La gloriosa Francia engrandece á sus enemigos, pero podría muy bien suceder que lo que hemos llamado la habilidad de Moltke, no fuese otra cosa que la ineptitud de Lebœuf. Veremos.»

Victor Hugo se hace cargo de las vacilaciones del enemigo y dice que las comprende por que no es facil atacar á París; pero que tiene dos recursos, sitiar por hambre y bombardear á la capital.

« Que vengan pues los proyectiles.

» Si una de vuestras bombas, rey de Prusia, cae sobre mi casa, probará una cosa, á saber: que yo no soy Píndaro; pero que vos no sois Alejandro.»

El hambre y el bombardeo es obra larga.

Entre tanto vendrá el invierno y vendrá la Francia.

« El invierno, esto es, la nieve, la lluvia, los hielos; — la Francia, esto es, la llama.»

París se defenderá frenéticamente, añade el poeta: todos los ciudadanos se batirán contra el enemigo, porque en París no hay mas cuestión urgente que la de combatir y vencer, muriendo si es preciso en tan santa lucha.

Las quejas, las recriminaciones, los ódios, todo esto se disipará entre el humo de los cañones.

Y Victor Hugo concluye con estas magníficas palabras:

« Amémosos para luchar juntos, todos tenemos los mismos méritos. ¿Ha habido proscritos? No lo sé. ¿Algun hombre ha estado en el destierro? Lo ignoro. Ya no hay personalidades, ni ambiciones, ni nada en las memorias, sino estas dos palabras: salvación pública. No somos mas que un solo francés, un solo parisiense, un solo corazón: no hay mas que un solo ciudadano, vos, yo, nosotros todos. En donde esté la brecha, estarán nuestros pechos. Resistencia hoy, victoria mañana. Ya no somos carne, sino piedra. Yo ya no sé mi nombre; me llamo Patria. ¡De cara al enemigo! Todos nosotros nos llamamos Francia, París, muralla.

» ¡Cuán bella va á ser nuestra ciudad! Que Europa se prepare á un espectáculo imposible, el de ver que se engrandece París, el de ver resplandecer á la ciudad extraordinaria. París que divertía al mundo, va á aterrarle. Hechicero y héroe. La ciudad del talento tiene genio. Cuando vuelve la espalda á Tabarin es digna de Homero. Vereis como París sabe morir. A la luz del sol en el ocaso, Nuestra Señora en la agonía tiene un aspecto alegre. El Panteon se pregunta cómo podrá recibir bajo su bóveda todo ese pueblo que tendrá derecho á entrar en ella. La guardia sedentaria es valiente, la guardia móvil es intrépida, jóvenes en el semblante, veteranos en la traza. Los chicos cantan mezclados con los batallones. Y ahora mismo ¿qué se ve en las calles cuantas veces ataca la Prusia? Se ve sonreír á las mujeres mientras ruge la metralla. ¡Oh! París, tú has coronado de flores la estatua de Estrasburgo; la historia te coronará á tí de estrellas.»

El patriótico manifiesto de Victor Hugo á los parisienses ha encontrado eco en todos los corazones.

La población está decidida á todos los sacrificios para salir triunfante de esa invasión que pretende imponerle un yugo ignominioso.

Hasta tal punto llega el ardor de los parisienses, que el gobierno se encuentra en el caso de reprimirle por lo que pudiera tener de imprudente y temerario.

En estos últimos días no se ha hecho mas que una salida importante, y fué la que tuvo efecto el 30 de setiembre en la dirección de Villejuif á Chevilly y á Thiais hasta Choisy-le-Roy en uno de los dos caminos que tienen en comunicación en Versalles al grueso de las fuerzas enemigas.

Este reconocimiento ofensivo, como le llama el parte oficial, ha sido glorioso para los franceses, que habiéndose encontrado en presencia de mas de 30,000 prusianos, no solo les han resistido, sino que consiguieron desalojarlos de las aldeas de Thiais y Chevilly, donde se fortificaban sólidamente.

Por desgracia, en esta brillante acción pereció el general Guilhem, cuyos restos mortales fueron entregados despues por los prusianos y han sido sepultados en París con la pompa que se merecen los servidores de la patria.

Los franceses no conservaron la posición conquistada; pero el reconocimiento estaba hecho, y por lo tanto se habia alcanzado el fin que el general Vinoy se proponía.

Desde entonces hasta el día de hoy, 6 de octubre, no ha habido mas que combates de tiradores y disparos de los

fuerles; y esta inacción es, como decíamos, un motivo de queja para los ciudadanos armados.

Con efecto, ayer mismo ha habido una manifestación muy imponente.

Cuatro ó cinco batallones de la guardia nacional se presentaron en la plaza del Hotel de Villa y sus jefes penetraron en el palacio del gobierno, donde fueron recibidos por el general Trochu y los señores Gambetta, Garnier-Pagés, Arago y Jules Ferry.

Varias fueron las peticiones que dirigieron al gobierno, y entre ellas la principal era que se dispusieran salidas imponentes contra el enemigo y que tomase en ellas parte la guardia ciudadana.

El general Trochu contestó á este punto manifestando el peligro que envolverían las salidas importantes sin objeto bien determinado, máxime si tomaba en ellas parte la guardia nacional, que carece de instrucción preparatoria y de artillería bien organizada.

La intención puede ser patriótica; pero hay en estas manifestaciones armadas cierto espíritu de indisciplina que el gobierno está resuelto á impedir por cuantos medios tiene en su mano.

Así lo advierte hoy á los manifestantes en el *Diario Oficial* diciendo que apela al patriotismo, á los sentimientos republicanos y al espíritu de orden que caracterizan en tan alto grado á la guardia nacional de París, para que no se repitan tales demostraciones, que presentan el grave inconveniente de dar á la población ciertas apariencias de sedición tan contrarias á la realidad como favorables á los designios de los prusianos.

« Sépase bien, añade, que el enemigo se detiene delante de París turbado por una resistencia con la que no contaba. Sabe que la capital puede imponerle respeto durante muchos meses; sabe también que un ataque á viva fuerza contra el recinto es imposible y solo tiene esperanzas en nuestras discordias. Nuestro primer deber consiste en evitar hasta las apariencias de la indisciplina.»

Y mas adelante hace la historia de la desastrosa guerra emprendida con una impremeditación inconcebible, para decir que despues de la catástrofe de Sedan todo estaba perdido y el nombre de la Francia iba á ser borrado del libro de las naciones.

París la ha salvado de tamaño oprobio, y de aquí la ira y la sorpresa del enemigo á quien habian prometido la capital como una presa fácil y opulenta. No ha tardado mucho en ver el cambio; ha visto al soldado regenerado por el ciudadano, y ha visto qué milagros de actividad y de ciencia la población llamada frívola ha sabido hacer en corto tiempo.

Así es que vacila, y por primera vez desde el principio de la campaña está sobre la defensiva.

El gobierno dice que ya se ha atacado al enemigo, y que se continuarán los movimientos ofensivos, las salidas, que reclama con tanta unanimidad la opinión pública.

Firmemente resuelto á expulsar á los prusianos del territorio, el gobierno de la defensa nacional no descuidará un instante su programa.

Cada día que pasa se cuenta como un triunfo.

« El ejército alemán se turba; los cuerpos pertenecientes á los Estados secundarios acusan la ambición prusiana y se quejan de haber sido engañados. Entre tanto la provincia se organiza y viene á nosotros, nuestros enviados los levantan y se prepara el desenlace del gran drama. Los muros de París serán la tumba de los invasores.»

Para esto solo pide el gobierno la unión de todos, el orden, la disciplina, la obediencia á los jefes.

Sus palabras serán oídas: no es el patriotismo lo que hoy falta en París, ni el deseo de expulsar á los prusianos que, embriagados con sus fáciles victorias han creído la toma de la capital una empresa sencilla y segura. No; París decidido á resistirse, y unido á la voz de su gobierno que como lo indica su nombre, no se cuida mas que de la defensa nacional, será verdaderamente invencible.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EPÍSTOLA I.

¿Guardas algun recuerdo, Fabio amigo,
De tus primeras, caras impresiones,
Cuando recién tu pecho suspiraba
Por ignota ilusión, por otros goces?
Y en esa edad dichosa cuando el niño
Siente otra vida y se transforma en joven,
Dí, ¿no sentiste que una voz secreta
Dentro del corazón te habló de amores?
En dulce vaguedad te adormeciste,
Sentiste acaso incógnitos dolores,

Forjaste mil poemas de esperanzas
Cielos de luz, inmensos horizontes;
Te plugo el mar, la moribunda tarde,
La solitaria calma de la noche;
Te plugo oír el canto de las aves,
Gozar la sombra de opulento bosque.
¿Te explicas hoy la tierna poesía
Que en tu alma jóven palpitaba entonces?
¿Te explicas tu inquietud y esos placeres
Vagos sin forma, ni color, ni nombre?
Era la intuición de un amor santo
Que tu alma percibía. Fabio ¿dónde,
Donde huyeron tan plácidos momentos,
Tantos ensueños de placer, de flores?
Ideabas una virgen en tu mente,
Brillante creación de tu alma jóven,
Triste hechicera, mística, sublime,
Y le rendiste de tu amor los dones.
Dulce delirio, venerando culto
Le tributaste; amarla fué tu norte
Fué tu sola ambición sobre la tierra,
La mas pura expresión de tu alma noble.
¡Amaste, yo lo sé! ¡Permite, oh, amigo,
Que ese recuerdo celestial invoque!
¡Después, otro recuerdo, otra memoria!...
Eavio, sé que tuviste otros amores.
No era el amor del niño que creía
En ese ideal sublime: ya era el hombre
Que se agitaba sin afán, ni miedo,
En el revuelto mar de las pasiones.
Dí, ¿cuándo fuiste mas dichoso? ¿Cuándo
Te halagaron mas dulces ilusiones:
En la bonanza del amor del niño,
O en la borrasca del amor del hombre?

Aquel era el amor de la ventura,
Eden rico de pompa, rico en flores;
Era un cielo purísimo sin nubes,
La arpa del sentimiento allí arrancaba
Notas sublimes, delicados sonos,
Ya imitando el rumor del mar que duerme,
Ya el trinar de los libres ruisiñores.
Era el placer del alma, el idealismo
Que á la mirada mundanal se esconde,
El cielo de dos ángeles hermanos,
La voz de dos sensibles corazones.
¡El otro era otro amor! ¡Cuánto has cambiado!
Fabio, guarda tu paz, no así te asombres:
Que es un continuo cambio, una mudanza
El destino fatal que arrastra el hombre.
Todo al olvido cede: donde un sueño
Muere, nace otro sueño; otros dolores
Donde muere un dolor; otros suspiros
Donde un suspiro el corazón desoye.
Y así fué tu destino: amor de fuego
Te consumió voraz; fueron veloces
Los días del placer, y pronto el cielo
De tu ventura sin piedad nublóse.
Llegó la tarde silenciosa y fría,
Se envolvió tu alma en tenebrosa noche:
Fabio, amigo infeliz, ¿tu amor primero
No recordaste en tu dolor entonces?

¿Cuál era el verdadero? ¿El amor dulce
Que de niño arrulló tus ilusiones,
O aquel en que tu pecho combatido
Por llama abrasadora consumióse?
¡No es el amor esa borrasca fiera
Que agita el corazón, hoy lo conoces!...
¡Es aquella suavísima armonía
Que el alma baña en apacibles goces:
Dulce pasión de místico respeto
Que crece con el tiempo, y que responde
A otra dulce pasión, que no da celos
Ni tiende al corazón negros crespones!
¡Sentimiento de paz, no amarga fuente
De fuertes y encontradas impresiones:
Hé ahí el único amor del alma pura,
Y lejos, fuera de él, no hay mas amores!
¡Amad, amad así, jóvenes almas,
Lejos del temporal de otras pasiones;
Y en brazos de ese amor seréis felices,
Si cabe serlo alguna vez al hombre!...
¡Así el diestro piloto que se arroja

En leño frágil á la mar salobre
Mira una viva luz que le descubre
El lejano confin del horizonte:
Y el brazo en el timon, alza la frente
Y dirige su nave en rumbo fijo
A la plácida luz que el mar le esconde!

1864.

EPÍSTOLA II.

¡Cuán feliz, Fabio, el que del mundo lejos
Mira tranquilo deslizar sus horas,
Y en apacible soledad descansa,
Y del silencio en la quietud reposa!
Huyendo así del popular bullicio
Me place ver esta silvestre pompa
Y gozar del ambiente que circula
Del ancho bosque entre las verdes hojas:
Me regalan las aves su armonía,
Me ofrece el suelo pintoresca alfombra,
Y majestad el bosque, y las colinas
Tosca escultura de variadas formas.
Amigo, en este plácido retiro
Bajo esta fresca, delicada sombra,
Sin que del sol penetre un solo rayo
A dar fuego á mi sien, descanso á solas:
Y me es grato dejar que el pensamiento
Vague, ya huyendo hácia la edad remota,
Ya en ilusiones mágicas mecido,
Ya evocando fantásticas historias!
Entonces en su vértigo la mente
Detiene el vuelo de sus alas locas,
Y abre el libro secreto del pasado,
El libro sin color de sus memorias.

¡También lo he abierto yo!... Y, Fabio amigo,
Te juro que al leerlo amargo brota
Raudal de altivo llanto á mis pupilas
Y opreso el pecho en su dolor se ahoga.
¿Qué he hecho yo en el mundo? ¡Nada, nada!
¡Alguna vez cantar en arpa ronca
Cantares ¡ay! que morirán conmigo.
Como en la playa lánguidas las olas!
¡Oh, si al mirar atrás en mi camino
Pudiera leer en mi olvidada historia
Alguna acción esclarecida, alguna
Hazaña digna de mas digna nota!
¡Fuera siquiera un rasgo de heroísmo,
Ya luchando con saña en lid gloriosa,
Ya vertiendo mi sangre en la pelea
Por conservar, oh patria, limpia tu honra!
¡Pero nada he hecho yo!... ¡Mi pobre vida
Ha sido oscura, indiferente, sola;
No sabrán nuestros hijos si he vivido,
Pues nada valgo al fin, no tengo glorias!
¿Y esto, Fabio, es vivir? — ¡Triste del hombre
Que á nada mas aspira, ni ambiciona
Que al placer egoísta en la riqueza
O al blando abrigo en la opulenta alcoba!
¡No debiera nacer quien á eso aspira!...
¡Nació para ceñir otras coronas
El hombre, obra de Dios: fin mas hermoso
El dió á la mas perfecta de sus obras,
La patria crece, avanza: dirigirla,
Tal es nuestro deber. ¡Misión grandiosa
Que debemos cumplir, mientras el alma
Aliente vida fuerte y vigorosa.
Fija en el porvenir nuestra mirada
Con voluntad de hierro y alma heroica
Tendamos á elevar su inmenso trono
Que si no, moribunde se desploma!

Ven, Fabio, y juntamente meditemos
Aquí del campo en la quietud sabrosa,
Pues nuestros varoniles corazones
Porque anhelan el bien, mucho ambicionan.
Ven, que es muy grato en el ardiente estío
Dejar que vague el pensamiento á solas
Bajo el follaje secular del bosque
Que inmenso extiende su brillante pompa.

Gozaremos la calma y la armonía
De la tarde que espira silenciosa,
Reclinando su frente moribunda
En los lejanos montes de la costa.
¡Cómo el cielo se tiñe en franjas de oro,
Que en anchos grupos sobre el mar se agolpan,
Y huyen del limpio cielo si la luna
En las cumbres del Andes blanca asoma!
Gozarás de la luz de la mañana,
Sus bellas tintas y su dulce aroma;
Y oirás á los pobres campesinos
Que el aire hieren con dolientes notas.
Deja de la ciudad el falso halago
Que al fin el corazón cansa y agobia,
Y ven á respirar el aire libre
Lejos del mundo en la quietud sabrosa.

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

1864.

Anécdota.

Es Zilbeti un lugarcillo humilde del Pirineo de Navarra, que apenas tendrá doce casas con la iglesia. Su situación es sumamente pintoresca, y no deja de ofrecer encantos á la imaginación de un poeta; está en una hondonada, á la que conduce un caminito estrecho, tortuoso y muy pendiente: las hayas y los castaños coronan las colinas que le cercan, y el río Ega que le atraviesa, fructifica con sus aguas los huertecillos que hay á su márgen. Los techos de las casas están en un declive extraordinario para que la nieve, que allí cae en abundancia, escurra y no gravite sobre ellas. A este lugar llegué yo con mi regimiento en enero de 1836. La casa en que me alojaron no era buena, pero tampoco de las peores: la nieve y el granizo que nos habia venido dando de cara durante la marcha, nos tenia medio helados, y así mi primer cuidado fué ir á la cocina á enjugar mis vestidos á la lumbre, y á reparar mis fuerzas.

Una corpulenta encina ardía en el hogar y las zarzas y el jaramago daban una brillantísima claridad. Lo primero que hirió mi vista fué una gran plancha de hierro, colocada detrás del fuego, sin duda para evitar que la pared se recalentase. Pero Vds. creerán que aquella plancha se habia hecho exclusivamente para el objeto á que se la destinaba. Nada de eso: aquella plancha de hierro hablaba, era parte componente de la casa, sus penates, su orgullo.

En ella habia grabados los cuarteles de nobleza que sin duda tuvo el progenitor, era el escudo de armas, y la ejecutoria de aquella familia. Hé aquí la ventaja que tienen los nobles de Navarra, que ninguno de otra provincia se atrevería á poner sus pergaminos tan inmediatos al fuego. Sentado en un banquillo de corcho, contemplaba gozoso aquella llama ondulante que vivificaba, y que alumbraba un cuadro digno del pincel de Teniers. A mi derecha, sentada también sobre un corcho, estaba mi patrona, mujer de unos cuarenta años, fuerte, robusta, hilando su copo, y siguiendo con la vista cuantos movimientos hacían nuestros asistentes, para evitar cualquier ataque á la propiedad, en cuyo punto no son los soldados los mas escrupulosos.

Un chicuelo de unos ocho años se entretenía en asar sobre las ascuas una tortita de maíz, que allí la llaman artúa; y el asistente en preparar mi módica y espartana cena. Pero habia otro objeto en la cocina en que yo no habia reparado. En un rincón se veía á la luz melancólica de una tea, una mujer con el cabello blanco como la nieve, ojos hundidos, mirar inquieto y escudriñador, que aunque tenia las mejillas secas, descarnadas y el rostro rugoso, apenas tendría veinte y cuatro años. Fijé la vista con asombro sobre aquella criatura, y me puse á considerar qué enfermedad ó qué desorganización cerebral podia haber causado tan precoz senectud.

Dieron las diez. Un grito de dolor y desesperación de aquella infeliz me sacó de mis meditaciones.

— ¡Desgraciada! dijo mi patrona.

— ¡Las diez!... ¡Ah!... ya no llegaré á tiempo.

Estas fueron las únicas palabras que oí á la infeliz, que se precipitó á la puerta como un rayo y desapareció.

Entonces tuve con mi patrona el diálogo siguiente:

— Diga Vd., señora, esa muchacha es tonta ó loca.

— ¡Oh!... no me hable Vd. de eso, señor; soy la mas infeliz de las madres.

— ¿Con que según eso, esa desventurada es hija de usted?

— Sí, señor, ojalá no hubiera nacido.

— ¿Y puedo saber qué ha motivado su desgracia? Acaso una enfermedad...

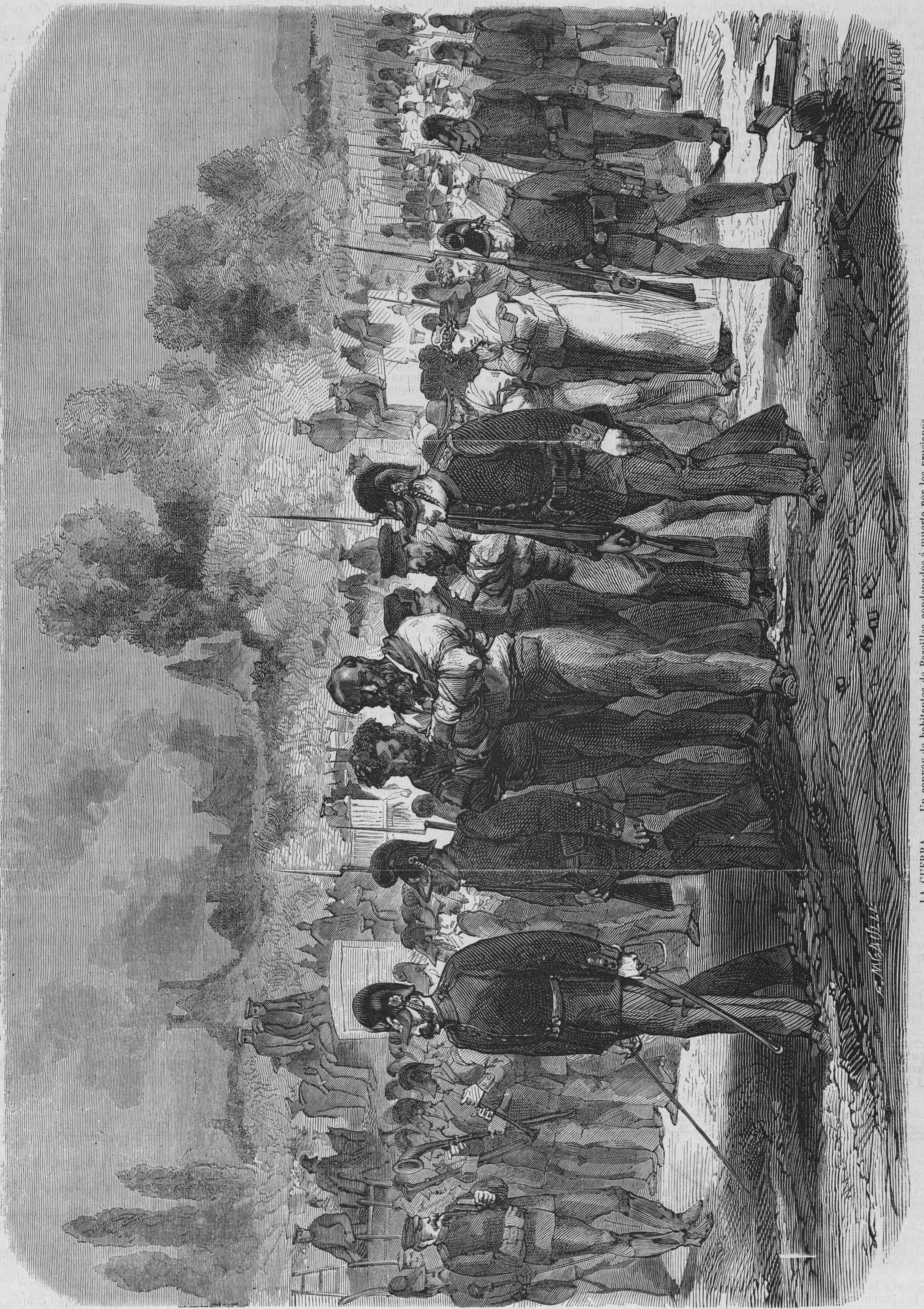
Nada de eso, señor, yo me explicaré francamente con usted, aunque no me gusta hablar con nadie de esto.

En 1830 tenia mi hija diez y seis años, y Juana, que así se llama, estaba para casarse con un mozo de este pueblo, vecino nuestro, que adoraba á la muchacha, sí señor, la adoraba, porque ha de saber Vd. que entonces era muy bonita, su pelo no era blanco como ahora, sino negro como el azabache, su color hermoso como el de la rosa, y sus ojos eran vivos y animados. Por aquel



LA GUERRA. — Requisiciones de los prusianos en una granja.

GEORGE HEIL



LA GUERRA. — Un convoy de habitantes de Bazeilles, condenados á muerte por los prusianos.

tiempo se presentó en la frontera de Francia el esforzado Mina llamando á las armas á sus paisanos y enarbolando el pendon de la libertad. La simpatía que el nombre de Mina excitó en estos valles, hizo que algunos mozos siguiesen la suerte del afortunado caudillo, y Antonio (este era el nombre del que debió ser mi yerno) no titubeó un momento, y ansioso de gloria se unió á los que pretendían ahogar el despotismo.

La suerte de la guerra no favoreció por entonces á los liberales; fueron derrotados, y sus vencedores les hicieron algunos prisioneros. Entre estos se hallaba Antonio. ¡Ah!... no puede Vd. figurarse lo que padeció mi hija cuando lo supo... Lloraba, pateaba, maldecía su existencia... ¡Hija mía!... Los victoriosos déspotas fusilaron inhumanamente á los que ofrecieron conservar la vida, excepto alguno que otro que encontró la salvación en la fuga. Antonio era uno de los que escaparon de sus manos, gracias al conocimiento del terreno y á su presencia de ánimo. No podía entrar en el lugar por temor de ser descubierto, y permaneció algunos días oculto entre aquellas peñas que Vd. puede ver allí desde esta ventana.

Dijo esto señalándome unas breñas, que se veían efectivamente á corta distancia del pueblo. Después añadió:

— Juaná le llevaba la comida, la ropa, en fin, cuanto necesitaba, y vivía gozosa por poder ser útil de algún modo á su amante. Pero este estado duró poco. Diversas partidas de tropa recorrían estos valles para mantener la tranquilidad, y para prender, si era posible, á los prisioneros huidos. Una noche daban las diez y Juana, con su cesta en la mano, marchaba á llevar la cena á Antonio: llegó al sitio acostumbrado; y cuál fué su sorpresa, cuando, en vez de encontrarle, solo le vió rodeado de soldados que le escarnejaban y maltrataban; soltó la cesta, se abrazó á él, y pretendía cubrirle con su cuerpo de los golpes que le dirigían. Pero esto fué un momento, el comandante de la partida, según las instrucciones que llevaba, dispuso que se le pasase por las armas inmediatamente. Al oír la terrible sentencia, Juana se arrodilló, rogó, imploró la compasión del jefe de la tropa en favor de su amante... todo fué en vano, hizo una seña, y el desdichado Antonio cayó revolcándose en su sangre.

— ¡Qué desgracia!...

— Sí, señor, terrible desgracia. Yo oí la descarga, y un grito agudo, penetrante; luego todo quedó en silencio. Pasaron horas y horas, y mi hija no volvía: llena de sobresalto y no sabiendo qué pensar, enciendo una tea y me dirijo al sitio, donde sabía que estaba Antonio. Llego y veo á mi hija pálida como la muerte, desenejada, con el cabello suelto, llorando sobre el ensangrentado cadáver. Permítame Vd., señor oficial, que pase en silencio la amargura de aquella noche; solo diré á Vd. que estubo Juana sin venir á casa tres días, sin querer comer ni apartarse del sitio donde murió Antonio y donde está sepultado. A los dos meses estaba como Vd. la ve; sin duda la impresión que recibió obró tan violentamente sobre su ser, que se trasformó por decirlo así. Su dolor ahora, si no es tan fuerte, es más concentrado; no habla con nadie, está taciturna y melancólica, y todas las noches al oír las diez parece que sale de sí, da el grito que Vd. ha oído, y corre á buscar á su amante; llega, no le ve, y prorrumpe en sollozos de desesperación hasta que el llanto la desahoga.

Este diálogo fué interrumpido por la voz de mi asistente, que dijo:

— Mi alférez, ya está esto; ¿cenamos?...

— Sí, hombre. vamos á cenar, le contesté. En efecto, lo hice y luego me arrojé sobre un montón de heno, para descansar de las fatigas del día. Dos días permanecimos en Zilbeti, y yo no cesaba de contemplar aquella víctima del amor, y aun hacía comparaciones con nuestras bellas madrileñas.

A las nueve de la noche del segundo día, estaba la brigada formada fuera del pueblo, el enemigo había hecho movimiento, y nosotros dirigimos el nuestro hacia Euqui. La nieve caía á grandes copos, los soldados tapaban con sus capotes las llaves de los fusiles entre juramentos y blasfemias, yo procuraba embozarme en mi capa, operación que me impedía el viento que silbaba horrorosamente entre los castaños y los pinos.

Empezamos á desfilar, cuando dieron las diez. Un recuerdo asaltó mi mente y vuelvo la cabeza, mi idea era cierta. Una sombra se veía correr sobre la nieve, en dirección de unas peñas que se divisaban á corta distancia... aquella sombra era una mujer, era Juana. Poco después volví la cabeza y ya no ví á Zilbeti; y en vez de los gritos de pasión de una mujer, solo oía las cantinelas y las risas del soldado.

A. M. y E.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuación. — Véase el número 926.)

Esta vez la oyó M. Coventry; pero el letargo mortal que le oprimía no le permitió responder, y lo único que pudo hacer fué arrastrarse en la dirección de la voz.

Seguía oyendo aquel ruido, que luego le pareció como el de un martillo pegando en un yunque.

Después ¡oh alegría! una débil luz brilló en la horrible noche.

Entonces reuniendo los restos de las fuerzas que la quedaban, Gracia se arrastró hacia el lugar de donde la venía tan inesperado socorro.

Muy luego tropezó con una pared.

La luz estaba allí visible por una estrecha abertura, y el sonido metálico resonaba más fuerte que nunca.

Pidió auxilio.

Un instante después encontraba la puerta de la antigua iglesia y caía desmayada en el umbral, exhalando su último aliento en un gemido.

Cuando Enrique Little reconoció á Gracia Garden en la joven que encontró en el umbral de la antigua iglesia, lanzó un grito agudo, y con sus brazos robustos la levantó y llevó cerca de su fragua.

Avivó la lumbre y volvió hacia el objeto de su amor, que contempló con una mezcla de éxtasis y de espanto.

El obrero no podía creer lo que estaba viendo.

Durante algunos minutos estuvo como loco, sin hacer más que ir y venir de la fragua á Gracia Garden, ora agitando su fuelle con frenesí, ora besando las manos de la joven y tratando de calentarlas en su seno, y profiriendo gritos inarticulados de temor, de conmiseración y de cariño.

Reanimada con aquellos cuidados, Gracia entreabrió los ojos.

— ¡Sois vos! murmuró con una sonrisa inefable.

— Sí, soy yo, un amigo que no os perseguirá más con su pasión temeraria... que solo desea que viváis... ¡Oh! Vivid, vivid, no priveis al mundo de un ángel tal como vos... Gracia, miss Gracia, os repito que solo deseo una cosa, que volvais en vos.

Pero viendo que la joven aun no recobraba el sentido, prosiguió diciendo:

— ¡Gran Dios! ¡Cuán pálida está!... Maldita lumbre... ¿Ya no tienes calor?

Y sobre esto volvió á su hornillo, que activó con todas sus fuerzas y continuó prodigando los cuidados más afectuosos á aquel cuerpo inerte.

Un leve color de rosa apareció en las mejillas de Gracia.

La hermosa desmayada había vuelto á cerrar los ojos al grito del amor.

Quizás saboreaba interiormente aquella divina música del corazón que creían no debía oír porque no daba señales de vida.

Pero hé aquí que recobró la palabra.

— Mil gracias, murmuró con voz débil.

Y viendo que por las mejillas de su salvador corrían dos gruesas lágrimas añadió:

— No os desesperéis, me siento mejor.

Y le tendió la mano llorando también.

Enrique se arrodilló delante de ella y permaneció largo rato teniendo entre sus manos aquella mano querida.

Sin embargo, miss Garden no dejaba de tiritar.

Enrique la acercó más al hornillo, volvió á arrodillarse á su lado y asió su mano, que apoyó en su corazón.

Gracia al sentir aquellos latidos, volvió su frente cubierta de rubor, mas no hizo resistencia.

¡Estaba tan débil!

— ¡Aquí estamos todos! gritó de repente una voz inesperada.

Y apareció M. Coventry, mirando con estupor la escena que tenía á la vista.

SEGUNDA PARTE.

I.

EL GENTLEMAN DESAIRADO ANTE EL OBRERO.

Miss Garden apartó al punto aquella mano que se había quedado en la de Enrique Little y se levantó con una prontitud que contrastaba con la debilidad precedente.

— ¡Oh! exclamó, M. Coventry; ¡Y he podido olvidaros un instante!... Gracias al cielo, vivís... ¿En dónde estáis?

— Caí al torrente, que me ha arrastrado hasta muy cerca de aquí. Por fortuna pude saltar á la orilla, donde me desmayé, y cuando volví en mí comenzaba á desaparecer bajo la nieve. Vuestra voz amada me ha llamado á la vida.

Enrique Little se puso pálido al oír estas palabras.

— ¡Oh! repuso la joven observando aquella palidez, no tiene mi voz el poder que la atribuí. Demos gracias á Dios que nos ha salvado, y después á M. Little, pues sin él habríamos muerto abandonados de todo el mundo.

Y antes de que Enrique hubiese tenido tiempo de contestar, se volvió á él y añadió:

— M. Coventry ha sido mi compañero de peligros.

— Estoy á sus órdenes, dijo el obrero con aire sombriamente. Acercaos, caballero, y os calentareis.

Y echando carbon en el hornillo, sopló con fuerza

para activar la llama y luego pasó el mango del fuelle á M. Coventry para que hiciera aquel movimiento saludable.

Cuando vió al gentleman soplando, sacó de su maleta un par de medias de lana y dijo á la joven:

— Miss Garden, entrad donde está ese banco, y será vuestro gabinete de tocador.

Gracia no quería, pero Enrique insistió, y al cabo accedió la joven.

— Ahora, añadió, quitaos los zapatos y las medias y pasádmelos.

— ¡Oh! M. Little; os daré mucho trabajo.

— No, no; apresuraos.

Miss Garden obedeció, se quitó las medias y los zapatos que chorreaban agua, y Enrique los tomó para secarlos.

Aconsejó á M. Coventry que hiciera lo mismo, manifestando que sentía no poder disponer más que de un par de medias.

No hablaba con sinceridad; la verdad nos obliga á decir que el no tenerlas le importaba muy poco.

Cuando estuvieron secos los zapatos, Enrique se los dió á Gracia, no sin haberlos besado furtivamente.

La joven meneó la cabeza con aire de reconvencción, pero sus ojos se humedecieron.

— Ahora, dijo el obrero, es preciso que tomeis alguna cosa.

Y sacó entonces un pastel de York, pan y una botella de vino.

— El caso es que no tengo más que un cuchillo; sin embargo, pronto fabricaré otro.

Y hablando así, Enrique avivó la lumbre; luego tomó con sus tenazas una barra de acero, la puso sobre las ascuas y así que la vió enrojarse, comenzó á forjarla con ardor.

Mientras se entregaba á este ejercicio, miss Garden, que había recobrado su bienestar gracias al suave calor de las medias de lana, miraba con una complacencia meditabunda el espectáculo, tan nuevo para ella, que tenía á la vista; era un cuadro digno de Salvator Rosa el de aquella ardiente virilidad luchando con su fuerza y su inteligencia contra la materia en aquella iglesia medio derruida.

Tres grandes rayos de luz partían de la fragua extendiéndose en anchura, pero disminuyendo en intensidad.

Aquellos resplandores y las velas colocadas en uno de los extremos de la nave, alumbraban una escena en la cual se combinaban en maravilloso conjunto, la edad media, el siglo XIX y la eterna naturaleza.

En primer lugar la naturaleza; la nieve amontonada detrás de los cristales. Era curioso ver brillar las facetas de todos aquellos cristales y los copos que caían por la abertura de la techumbre, á medida que pasaban por el rayo luminoso, y era dulce pensar:

«¡Ah! has querido darnos la muerte y ahora el fuego bienhechor nos reanima.»

La edad media; arcos ogivados medio corroidos por el tiempo; un altar de piedra deteriorado, un púlpito de madera magníficamente esculpido pero que se caía á pedazos; paredes cubiertas de moho, y á lo lejos una figura de morge entre dos luces, como un fantasma de los pasados tiempos.

Debajo una inscripción en letras góticas casi borradas, que decía como Gil de La Beche había impuesto sobre sus tierras un censo perpétuo de seis marcos de plata para comprar arenques que debían llevarse á la iglesia de Cairhope todos los domingos de cuaresma y repartirse entre seis pobres de solemnidad.

Aquí y acullá estatuas mutiladas, tendidas sobre sus tumbas, que en la sombra parecían vivas aun y á punto de levantarse para el juicio final.

En medio de todos aquellos restos del pasado, un caballo de carne y hueso comiendo avena, una fragua con todos sus utensilios en un sarcófago de mármol adornado de bajo-relieves, y un joven obrero, tipo de su siglo, forjando cuchillos de mesa.

Cuando Gracia contempló toda la escena, su atención se fijó en el último objeto, modelo de fuerza viril, de destreza y gracias reunidas.

¡Qué ligereza y agilidad en sus movimientos!

¡Con qué soltura el joven herrero levantaba el enorme fuelle que avivaba las brasas!

¡Qué vigor y qué precisión en sus martillazos, que se suavizaban á medida que caían sobre el acero, y que trasformaban la materia bruta en un objeto usual!

En menos de un minuto, la barra se convirtió en una hoja fina y acerada.

Este trabajo no se parecía en nada al arte del escultor, y sin embargo, Gracia reconoció la misma perfección en un estilo opuesto.

Esculpiendo era la mano de una mujer, forjando era el brazo de un vulcano.

La joven no podía cansarse de admirar aquel espectáculo y la comparación no redundaba en ventaja de M. Coventry.

Este sentado y tiritando era la inercia, en tanto que Enrique Little era la fuerza.

Sabido es que la fuerza es la adoración de las mujeres.

Cuando Enrique Little hubo forjado los cuchillos y los tenedores y hubo fabricado dos platos, los metió en el agua, lo que produjo un agudo silbido.

Entonces aserró el borde de un banco é hizo mangos para los cuchillos, todo ello con una celeridad mágica.

Terminados estos preparativos, se lavó las manos para servir á sus huéspedes.

— Comed ahora, les dijo, es bueno que cobreis fuerzas antes de emprender la marcha.

M. Coventry respondió al convite sin hacerse de rogar; pero Gracia contestó tímidamente:

— Con mucho gusto, si quereis acompañarnos.

— No, dijo el obrero, yo no he sufrido las mismas fatigas.

Mientras la jóven vacilaba, M. Coventry despedazaba el pastel, que encontraba excelente.

— ¡Por Júpiter! exclamó el gentileman, sois el rey de los herreros.

— ¡De los herreros! repitió Gracia, cuyas megillas se escondieron.

Enrique se contentó con sonreírse irónicamente.

Miss Carden, que estaba anonadada, comió algunos bocados y humedeció sus labios en un vino generoso que la presentó Enrique.

Aquella cena improvisada, al restaurar las fuerzas de M. Coventry, le devolvió el sentimiento de su superioridad.

Dió gracias á Enrique, pero con un tono que sin ser ofensivo, no tenia nada de afable.

La jóven temió un instante que ofreciese dinero á Enrique.

El obrero, que vió venir el golpe, se dispuso á recibirlo.

Ninguno de aquellos sentimientos pasó desapercibido para la jóven; mas sin embargo, disimuló lo mejor que pudo á entrambos hombres lo confusion que ella sentia.

Con efecto, su situacion era muy delicada, y necesitaba para salir de ella todo su tacto femenino.

Sin articular una palabra de reconvenccion, se limitó á dirigir á M. Little algunas palabras vagas, con la mas tierna deferencia.

Esto bastó para calmar á Enrique y para recordar á M. Coventry que debía observar las conveniencias.

Sin embargo, viendo M. Coventry que la situacion era molesta para todos, dijo despues de una pausa:

— Mi querida Gracia, paréceme que seria tiempo de volver á Raby-hall.

La jóven se mordió los labios; Enrique Little se puso pálido de celos.

— ¿Estais completamente bien? dijo miss Garden.

— Completamente, merced á la hospitalidad de este buen jóven.

— En ese caso lo mejor que podiais hacer seria marcharos solo y enviarme gente para que me llevaran, pues no me siento en estado de ponerme en marcha por ahora.

Esta proposicion devolvió el color á las megillas del obrero; pero en cambio pareció mortificar mucho á M. Coventry.

— ¡Cómo! ¡Dejaros sola aquí! Supongo que no hablais seriamente.

— No, no estoy en ánimo de que me dejeis sola, balbuceó; pero pareciais tener tanta prisa...

Entonces volvieron las angustias de Enrique.

Viendo que la jóven titubeaba, M. Coventry insistió en su proposicion. Hizo algunas alusiones delicadas, pero afectuosas, á lo que habia pasado entre ellos aquel dia, y añadió que no consentiria en perder á Gracia de vista hasta que estuviese sana y salva en casa de M. Raby.

Sus palabras, con el tono con que las pronunció, eran las de un amante autorizado; Enrique desfallecia.

Sin embargo, Gracia repuso con un acento irónico muy alegre:

— ¡Con que no quereis perderme de vista!... ¿Y por eso os alejais de mí y os dejais caer en el torrente?... Está gracioso.

Y con acento mas serio añadió:

— Creedme, los dos estariamos en el otro mundo, sin M. Little.

— No sois justa, contestó Coventry; cuando llamabais en vuestro socorro, yo corria á vos. Me castigais cruelmente por mi desgracia.

— Es verdad, no he sido generosa, perdonadme.

Pronunció estas palabras con frialdad y con aire poco arrepentido.

Despues la jóven añadió estas palabras dirigiéndose á Enrique Little, aunque sin dejar de hablar con M. Coventry:

— Vuestra galantería es inagotable. Nada mas oportuno en un salon, pero en este lugar y cuando milagrosamente acabamos de librarnos de la muerte, hablemos como personas sensatas. Si marchamos los dos solos para Raby-hall, otra vez nos perderemos en el camino, y pereceremos sin remedio... Yo creo que M. Little debe conocer el camino de Raby-hall.

— Eso es otra cosa, dijo M. Coventry aprovechando al punto la idea; si M. Little quisiera añadir á sus favores el de ir hasta Raby-hall á buscar auxilio, se lo agradeceriamos sobre manera.

— No puede ser, contestó Enrique con tono brusco.

— Por eso no os lo proponia yo, repuso Gracia; pero quizás seriais bastante bondadoso para acompañarnos hasta la puerta. Así caminariamos con toda seguridad, y luego, francamente, quisiera que M. Raby os diese tambien las gracias, porque conozco cuán frio y poco digno de vuestra generosidad es todo lo que yo podria deciros. No acierto á encontrar palabras para demostraros mi gratitud.

Aquí la voz de la jóven se alteró, y dos lágrimas brillaron en sus ojos.

— Miss Garden, exclamó Enrique con tono grave, lo que me pedís es imposible. M. Raby no es amigo mio; es un viejo de ideas extravagantes que me arrojaría de este lugar, que le pertenece, si supiera que le he convertido en taller. Hablabais de gratitud no sé por qué, pues no he hecho nada para merecerla. No querriais perderme para demostrármela, y seria perderme el de-

cir una sola palabra á quien quiera que sea de que me habeis visto aquí.

Gracia y M. Coventry se miraron con sorpresa.

— ¿Creéis, prosiguió Enrique, que por puro capricho he puesto mi fragua en esta iglesia? No, habeis de saber que se necesita un corazon de bronce para trabajar y dormir aquí.

— ¡Ah! ya comprendo, repuso la jóven, es por la cuestion de las Uniones obreras.

— Justamente. Ahora me encuentro en esta alternativa: contar con vuestra discrecion ó renunciar á mi sustento y dejar el pais.

— ¿Desconfiais de mí? ¡Oh! M. Little.

— No de vos, sino de este gentileman que es un extraño para mí. Y tengo razon para desconfiar, pues mi vida está en juego lo mismo que mi fortuna, bien lo sabeis, miss.

— M. Coventry es un hombre de honor incapaz de venderos.

— Yo me atrevo á afirmarlo, añadió M. Coventry. No, señor, ninguna criatura humana sabrá nunca por mí que trabajais aquí. Contad con mi palabra.

— Dadme vuestra mano.

Coventry alargó la mano con una aparente sinceridad.

— Está bien, replicó el obrero, creo que ahora me puedo fiar en vosotros dos. Miss Garden podrá deciros lo que me ha sucedido en la fábrica de M. Cheethan, y entonces comprendereis todo lo que arriesgo sobre vuestro honor.

— Acepto esa responsabilidad y os agradezco la ocasion que me ofreceis de pagar mi deuda.

— Está corriente. Y ahora que no tengo inquietud sobre este punto, voy á deciros lo que haré. No os acompañaré hasta Raby-hall, pero sí hasta las inmediaciones, y luego me volveré solo... Cuando querais partir, miss Garden, estoy á vuestras órdenes.

Y sobre esto nuestros tres personajes se pusieron en camino.

Enrique se quedó un poco atrás para cerrar la iglesia y despues se reunió con sus compañeros.

Gracia caminaba entre los dos hombres.

La tormenta parecia ceder y el aire era menos opaco; pero de todos modos la caminata era difícil sobre aquel suelo desigual cubierto con una densa capa de nieve.

Muy luego M. Coventry, que caminaba penosamente, se quedó rezagado algunos pasos y se le oyó quejarse.

— Sed generoso, dijo Gracia á Enrique; no tiene vuestra fuerza, socorredle.

El obrero se volvió hácia M. Coventry y le dijo con una afabilidad que casi desmentia el tono seco de su voz:

— No podeis andar solo, apoyaos en mi brazo.

M. Coventry aceptó la proposicion; pero el acento con que se la hicieron se quedó grabado en su memoria.

Gracia, que habia comprendido el pensamiento íntimo del obrero, buscaba una ocasion de restablecer la balanza; pero antes de que se presentase, se oyó á lo lejos el sonido de una campana.

Era la campana de alarma de Raby-hall.

En el mismo instante oyeron voces que se llamaban y se respondian en la oscuridad.

— ¿Qué es eso? preguntó Gracia.

— ¿Qué quereis que sea, dijo Enrique, sino el socorro que nos llega? M. Raby ha debido poner en campaña á todo el mundo.

— ¡Oh! ¡Con tal de que no vean luz en la iglesia!

— ¡Cuán buena sois de acordaros de eso!... Mirad la luz de las antorchas... ya estais salvados... Yo vuelvo á apagar mis luces... Adiós, miss Garden, buenas noches, M. Coventry.

Y dicho esto, Enrique retrocedió rápidamente.

La jóven corrió á él llamándole con todas sus fuerzas. Enrique la oyó y se tuvo.

Gracia, dominada por la mas viva agitacion, le dijo:

— No puedo dejaros así, dadme vuestra mano.

El obrero la tendió su mano, que ella estrechó entre las suyas, exhalando un suspiro.

— Me habeis salvado la vida, mi querido M. Little, le dijo, y no lo olvidaré nunca. ¿Qué puedo hacer para manifestaros mi gratitud y mi... estimacion? ¡Oh! decidmelo, os lo suplico.

Enrique vaciló un instante y contestó:

— Esperadme dos años.

— ¡Oh! eso no, es imposible.

— Eso ó nada. Dentro de dos años seré un gentileman lo mismo que él... Si teneis compasion, si me estimais como decís, me esperareis.

Y se alejó.

Gracia quiso llamarle; pero ya estaba lejos.

M. Coventry habia oído á Enrique, que se habia expresado sin ningun disimulo; pero no pudo oír la respuesta.

Apenas se llegó Gracia á él, aparecieron las antorchas y se adelantaron unas diez personas guiadas por una moza que marchaba á la cabeza resueltamente, con el zagalejo levantado hasta las rodillas.

Un instante despues Gracia caía en los brazos de Jael.

II.

TRAICION.

En cuanto se declaró la tormenta, M. Raby, que temia que sus huéspedes volvieran calados, mandó encender en sus cuartos las chimeneas.

A la hora de la comida principió á alarmarse.

Envió un criado á la posada de *Colley-Dog* para preguntar por ellos, y hacia una hora que su mensajero habia marchado y M. Raby se paseaba en la sala con angustia, cuando Jael, pálida y desencajada, entró gritando:

« Los perros de Gabriel. »

M. Raby se lanzó fuera.

La horrible jauría cuyos ladridos se oian distintamente, pasaba por encima de la casa.

El squire se quedó un instante petrificado.

De repente corrió á la cocina, mandó que tocaran inmediatamente la campana de alarma, y luego volvió al patio y despachó emisarios á la aldea.

En menos de una hora cincuenta antorchas y otros tantos cencerros de ganado tomaron el camino de Cairnhope.

A medida que iban llegando los aldeanos atraidos por el sonido de la campana de alarma, recibian antorchas y salian en busca de los convidados de M. Raby.

Muy luego volvió el criado diciendo que miss Garden y M. Coventry no habian parecido desde que dejaron el carruaje en la posada de *Colley-Dog*.

Ya habian previsto esta mala nueva; los perros de Gabriel no podian presagiar mas que una desgracia.

Dieron las once y nada.

Jael se presentó á M. Raby, y desesperada, le dijo:

— ¿Por qué se van todas las personas que salen á buscarlos en la direccion del levante?

— Porque esa fué la direccion que tomaron Gracia y M. Coventry.

— ¿Y quién os dice que no se han extraviado?

— Mucho me lo temo, contestó gimiendo M. Raby.

— Teneis razon, yo pierdo la cabeza. Ahora todos los que vengan irán hácia la antigua iglesia de Cairnhope.

— Dadme una antorcha, que yo acompañaré.

— Yo voy tambien. Esperad que me ponga las botas.

Cuando estuvo avisado M. Raby, Jael tomó una antorcha, se levantó las sayas y comenzó su marcha por la nieve con paso resuelto, pero no sin derramar lágrimas, pues el temor dominaba en ella á la esperanza, desde que habia oido los perros de Gabriel.

Miss Garden fué la primera que vió á Jael, porque traía una antorcha en la mano.

Lanzó un grito; una exclamacion de alegría la contestó y las dos jóvenes se abrazaron estrechamente, Jael llorando de gozo y Gracia llorando tambien porque la emocion en su fiel compañera era comunicativa, y porque además tenia deseos de llorar por otros motivos.

Nuevas efusiones cuando llegó M. Raby. Estrechó á la jóven sobre su corazon sin poder articular una palabra, apretó las manos á M. Coventry, y la pequeña caravana tomó el camino de la casa con toda la rapidez que permitia el estado de M. Coventry.

Apareció otra antorcha; la de Jorge, el herrero de la aldea, que lanzó un grito de triunfo y se puso á bailar sobre la nieve.

— Basta, basta, muchacho, dijo Jael; improvisemos un asiento para este gentileman que no puede andar y le llevaremos á casa.

Jorge obedeció.

El herrero y la jóven entrelazaron sus manos y levantaron á M. Coventry, diciéndole que les echara los brazos al cuello, lo que hizo en el acto.

Colocado así, el gentileman no pesaba mas que una pluma en los brazos del hombre mas vigoroso y de la muchacha mas fuerte de Cairnhope.

En el trayecto M. Coventry les contó sus aventuras, y cómo habia caido en el torrente, que le habia arrastrado mas de una milla.

Por fin llegaron á Raby-hall, y una vez en la sala, el squire reunió á toda su gente y dió las órdenes:

— Que calle ya la campana. Sacad un barril de cerveza y que la casa esté abierta á todo el mundo mientras queden algunas provisiones. Ni hombre ni animal han de salir esta noche de mi casa, y el que aleje á alguno que le cierre Dios las puertas de su paraiso. Jorge, toma dos guineas y tocarás la campana de la iglesia en señal de regocijo, cuando hayas cenado alegremente con tus compañeros. Para nosotros un baño caliente en cada uno de nuestros cuartos. La cena dentro de media hora, puesto que ya ha pasado la hora de la comida, y que un ponche inmenso arda en medio de la mesa. Que se enciendan todas las luces de la sala del banquete, como en la noche de Navidad. Pero ante todo arrodillémonos y demos gracias á Dios, que por la primera vez ha hecho mentir á los perros de Gabriel y salvado de una muerte cierta á un valeroso gentileman y una noble jóven.

Todo el mundo se arrodilló en las losas de mármol y corrieron lágrimas de todos los ojos, en tanto que el squire recitaba una oracion en acento de gracias.

El baño caliente y la ropa seca restablecieron prontamente á los convidados de Raby-hall, que no tardaron en reunirse para la cena.

Estando á la mesa, el anciano criado que servia dijo algunas palabras al oído de su amo, que contestó:

— Que espere ese hombre en la sala.

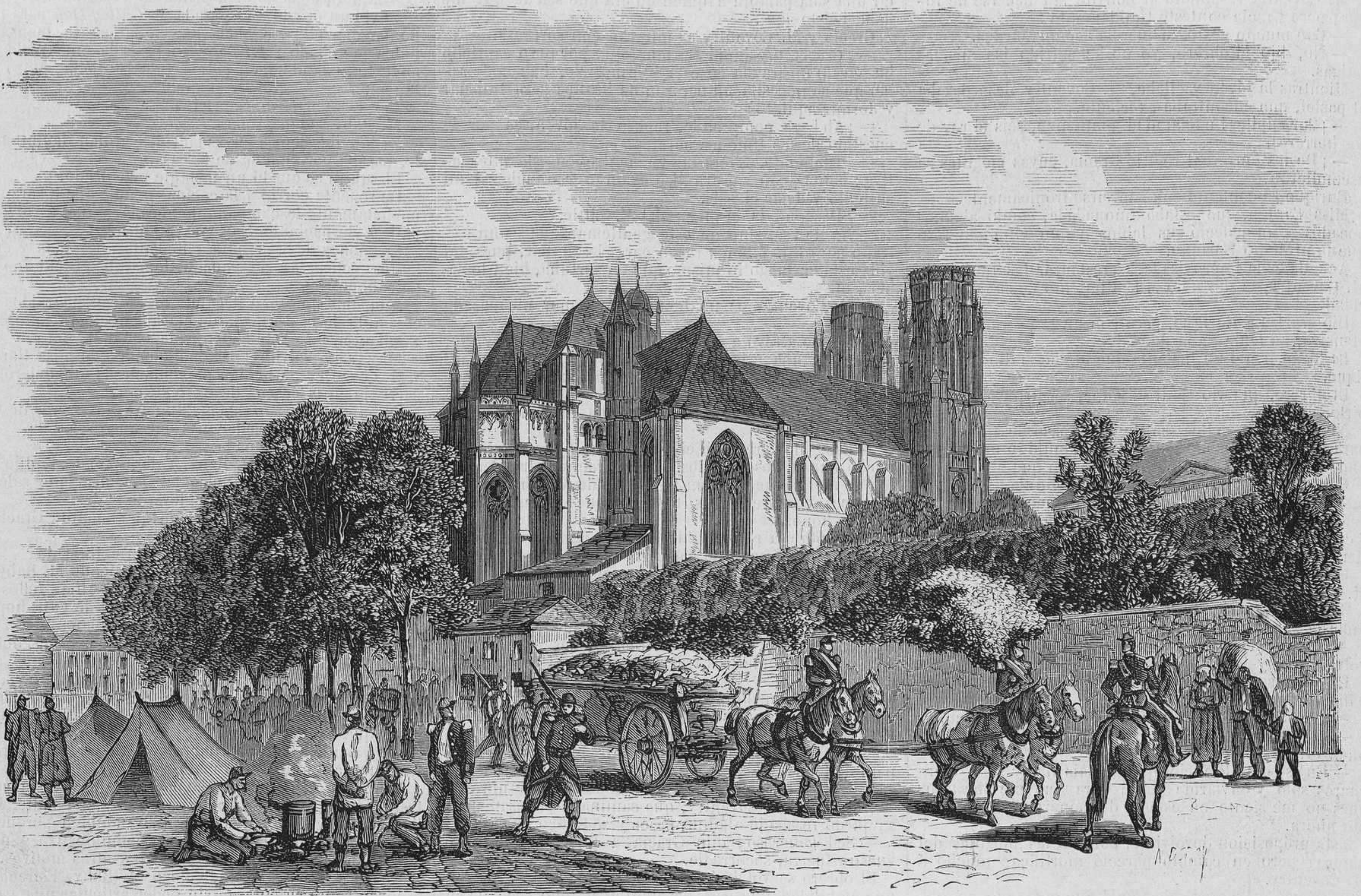
— ¿Habeis oído? dijo miss Garden á M. Coventry cuando se alejó el squire.

— No.

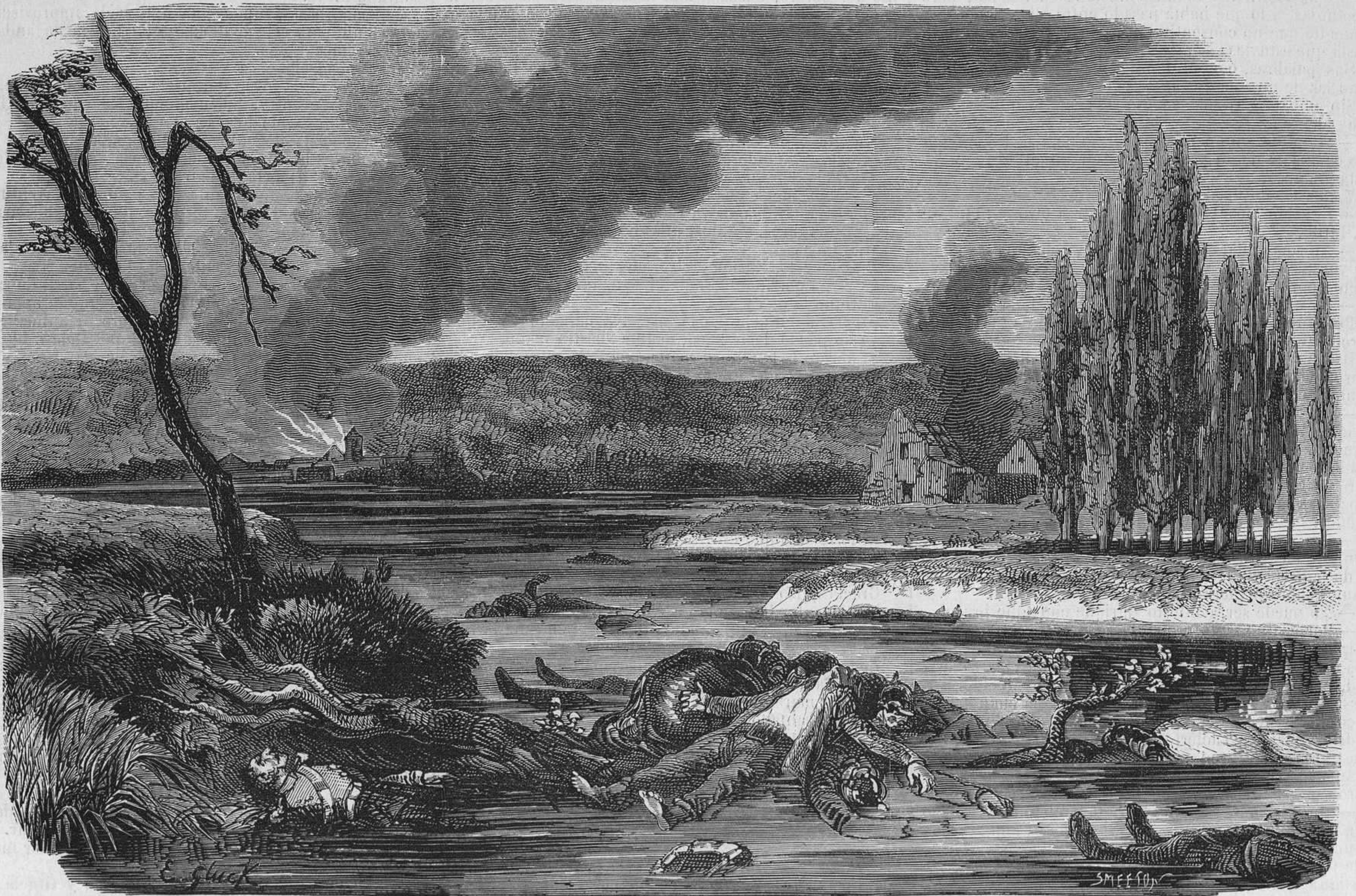
— Pues bien; ha llegado el momento de recordaros vuestra promesa. Necesariamente habrá que mentir. Dejadme hablar sola; las mujeres saben disimular mejor que los hombres.

El squire volvió al cabo de un instante y Gracia esperó á que le dirigiera la palabra.

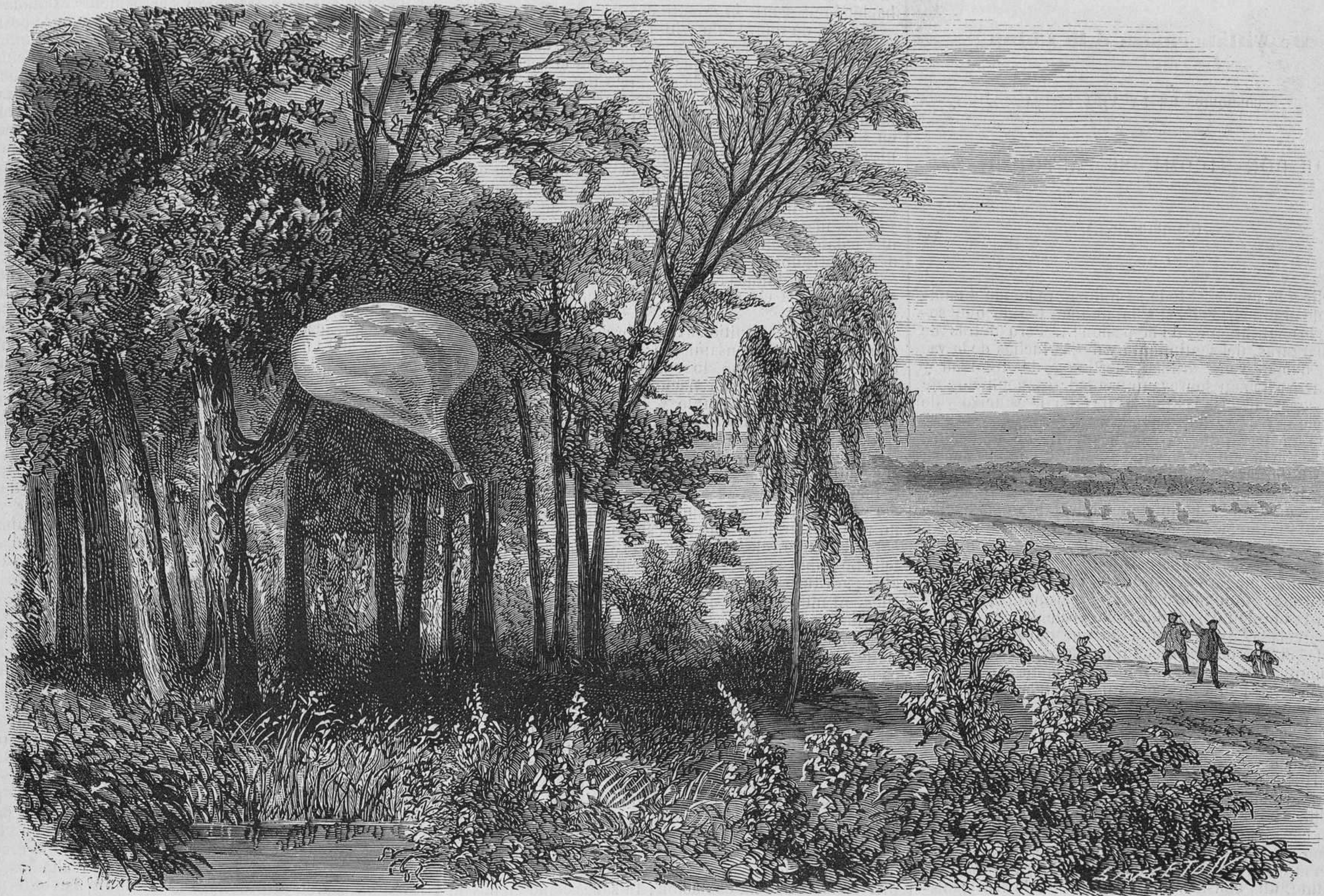
(Se continuará.)



Vista de la ciudad de Toul.



DESASTRE DE SEDAN. — El Mosa arrastrando cadáveres.



LA GUERRA. — Descubrimiento del globo-correo de Metz.



LA GUERRA. — Hulanos haciendo una requisicion en una granja de las Ardennes.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuacion.)

¡Feliz á lo menos si todo se hubiera reducido á combates de orgullo! ¡Feliz si solo hubiera tenido que soportar los sufrimientos de la pasion!... Pero detrás de las amarguras, del sentimiento y de las luchas de la vanidad, debian venir arduas cuestiones de dignidad y delicadeza; debian sobrevenir verdaderos conflictos de celos, consecuencias lastimosas de falta de esfuerzo y de resolucion, y de varonil entereza.

Hubo un dia en que el nuevo amante de Blanca se creyó lastimado en su corazon y comprometido en su honra; hubo un dia en que se cansó de luchar con los fantasmas que alzaba en torno suyo la inexplicable conducta de una mujer de quien se creia tanto mas exclusivamente favorecido, cuanto que la habia arrancado á un hombre de reputacion y de valia. Hubo un dia en que los escrúpulos de una caballerosidad tanto mas rígida, cuanto que no la contrariaba una pasion muy ardiente ó muy profunda, temieron la posibilidad de ocupar en la opinion del mundo una posicion equívoca ó menospreciada. Hubo un dia en que quiso hacer una protesta pública contra escondidos recelos, á costa de una humillacion, que, no solo comprometia mi delicadeza, sino que ponía en duda mi moralidad. Fué menester empezar por una ofensa, y á esta ofensa siguió un insulto, y al insulto una provocacion de duelo, á que debia suceder la sangre de la venganza con todos sus calculados horrores, y la amargura del crimen con los martirios nunca previstos del remordimiento.

En vano Blanca se levantó entre nosotros, en vano puso entre nosotros la mediacion del terror de perderlos, la consideracion de amenguar su decoro. En lo primero no era posible que creyéramos ambos: no creyó ninguno: el otro motivo nos debió parecer, en ocasion semejante, una consideracion inoportuna de frio egoismo, que hacia mas amargo nuestro despecho y mas desapiadada nuestra rivalidad, dejándola desnuda de toda pasion. Y fué tan desafortunada la infeliz en unas negociaciones, en que una mujer mas fria hubiera sido sin duda mas hábil, que á mi contrario le irritó con la revelacion de su insuficiencia para llenar el vacío de una pérdida; y á mí me habló de mis condiciones de valor y destreza con una desconfianza propia solamente para inspirarme la rabia de batirme...

Y nos batimos con rabia. Y la vanidad y la opinion, Irminsul y Moloeh de este siglo, que apellida bárbaras las supersticiones africanas y las religiones druídicas, puso en nuestras manos la cruz sacrilega de un acero homicida, para dar á la sociedad testimonio sangriento de un honor de que nos habian despojado nuestras propias acciones de infamia. El orgullo lo corrompe todo, hasta la ley santa y eterna del sacrificio y de la expiacion. A lo menos en las piedras druídicas la víctima era un holocausto; en los sacrificios expiatorios de la vanidad personal divinizada, la ofrenda propiciatoria es un asesinato...

Diciendo estas palabras, al parecer feroces ó sarcásticas, Javier ahogaba con pena roncós sollozos que se escapaban de su pecho, y limpiaba con su pañuelo lágrimas amargas de dolor que inundaban sus ojos.

—Horrible fué, continuó en seguida, el éxito de nuestra contienda. Con la mitad de la cólera y del denuedo con que nos combatimos, hubiéramos podido un dia salvar nuestra patria de un peligro, ó darle en una ocasion solemne una accion de gloria ó un alto ejemplo de virtud... Mi contrario cayó atravesado de una estocada mortal... yo recibí en el mismo punto una herida, que en el momento pareció leve, pero que mas tarde me hizo perder mucha sangre... Y solo cuando esa sangre se mezcló, y que de verla correr nos horrorizamos, conocimos, hijos malvados de Cain, que éramos fratricidas, y que para el crimen de matarnos, ni siquiera teniamos el pretexto de habernos aborrecido.

No... aquel hombre, al caer y sentirse mortal, me pidió la mano, y me rogó que no le abandonara en sus últimos momentos. Creia en la nobleza de su matador mas que en la de los amigos que le acompañaban. A ellos los habia llamado para testigos de su denuedo. Solo á mí me tuvo por digno de presenciar el martirio de sus amarguras íntimas; solo á mi corazon quiso dejar confiado, con el postrer desahogo de sus flaquezas, el triste depósito de sus secretas desgracias...

Sí, aquel hombre tenia que dejarme el precioso legado de un grande infortunio... Yo solo recogí de sus labios agonizantes un encargo sagrado, que acepté, y el tierno supremo agradecimiento á una muy solemne promesa, que cumplí... ¡Ay!... no... Dios no me concedió el ser afortunado en la piadosa tarea con que queria á lo menos ofrecer á su generoso espíritu una expiacion de mi culpa y un rescaramiento de su vida... Júzgueme su alma desde la region donde la tiene la divina Misericordia, ya que el cielo quiere agravar mi castigo vedándome

este consuelo, y redoblar el rigor de su venganza haciéndome sentir su muerte dos veces.

Lloraba de nuevo hilo á hilo aquel hombre, diciendo estas palabras extrañas. Enrique no podia comprenderlas. El agudísimo dolor que revelaba en el acento y en la conmocion profunda de su amigo impedían á su delicadeza toda insistencia para aclararlas. Parecióle que la imaginacion de Javier, el cual habia vuelto á quedar en silencio, se extraviaba en la consideracion y reminiscencia de aquel extraño episodio. Para despertarle de su concentrado pensamiento, para sacudir de su oprimido corazon la pesadilla de aquella fúnebre memoria, se atrevió á llamarle á la ilacion natural de los hechos y de las ideas con el conjuro, aunque fuera doloroso, de una palabra, con la sorpresa, aunque fuese indiscreta, de una pregunta.

—Pero ¿y Blanca?... dijo Enrique, viendo que su amigo tardaba en recobrarse de su enajenacion sombría.

—¡Blanca!... repitió Javier sobrecogido, como si en aquel instante su pensamiento estuviera muy lejos de ella... ¡Blanca!... ya lo sabes... Blanca no murió... Blanca no morirá... Ha nacido con fuerzas inmensas, que la pasion, el infortunio y la penitencia no podian quebrantar... Hay flores que una sola ráfaga del cierzo troncha; hay árboles robustos que la segur de la desgracia descortezó y chapoda, sin que el ramaje se seque, sin que la savia deje de subir de la poderosa raigambre.

Blanca guarda en su corazon el indescifrable secreto del sentimiento que produjo en su alma la muerte de mi rival preferido. Yo no sé si su imagen se le aparecerá como la sombra de un sér querido y acariciado... la infeliz no habrá merecido tanta ventura; tal vez solo se alee para turbar su sueño, como el espectro de una víctima. El mundo, á lo menos, le hizo cargo severo de aquella sangre generosa. Ella tuvo bastante decoro para ser mas leal á una memoria que lo habia sido á un sentimiento. Yo se lo agradecí. El respeto de los muertos es mas sagrado que la felicidad de los vivos. Yo aun habia podido verla cuando mi rival vivia. Despues que cesó de existir, me hubiera llenado de horror tocar una mano manchada con la sangre que yo habia vertido.

Durante las formalidades y trámites de un lento proceso, habia necesidad de estar oculto con apariencias de ausente; fué entonces cuando estuve larga y gravemente enfermo... fué entonces cuando Blanca buscó, primero en una vida de religioso retiro, y mas tarde, de dura y activa penitencia, el consuelo de penas que debieron ser muy acerbas, la reparacion de faltas que sin duda la parecieron enormes. Tú sabes la triste y ejemplar historia de esta expiacion; tú sabes cómo en pos de la extrañeza que naturalmente excitó la conducta de una mujer tan conocida y que tan severa y decisivamente se inmolaba, la opinion, sorprendida y subyugada, trocó bien pronto en aureola de santidad la aceptacion sublime del infortunio y del vituperio. Tú sabes cómo la grandeza de la caida trocó en llanto de compasion los murmullos del escándalo, como la sinceridad y elevacion del sacrificio sometieron á la autoridad del respeto los conatos y los riesgos del ridículo...

Lo que tú no sabes, es cómo al salir al mundo, despues de mi retiro y de mi enfermedad, busqué yo el respeto en el escándalo, y la rehabilitacion del ridículo en el prestigio de una infame celebridad. Lo que tú no sabes, es cómo yo demandé al mundo el alivio de mis dolores en una vida de placeres, cómo me lancé en una carrera de pasiones con rabia de venganza contra mis sentimientos, con espíritu de odio infernal contra lo que yo habia creído obligaciones y virtudes. Salí arrepentido de haber sido tierno, avergonzado de haber parecido sensible y leal. La atrocidad de mi delito me dió la audacia del despecho, la certeza de mi engaño me quitó el freno del remordimiento; no concebí otra rehabilitacion que la mas vulgar de las venganzas, ni protesta mas noble contra mi humillacion pasada que la mas coarde de las reacciones. El irritado ardor de mi reprimida juventud aspiró al vergonzoso desquite de un tiempo que creí tan perdido como el dinero que se atraviesa sobre el tapete negro y rojo de una mesa de banca... Busquéle en garitos mas infames. En la decepcion sangrienta de aquella desvanecida ilusion de gloria, quise que no quedara en pie ninguna reputacion de superioridad. Para rebajar el altar de la que como deidad habia adorado, al nivel de las mas vulgares criaturas, me despeñé furioso en aquel círculo del Tártaro donde Dante vió las arpias. Con la ambicion de igualarme á la fama de fascinacion y atractivo que pudiera haber adquirido mi víctima, tomé con desesperado ahinco y con la rabia de una resolucion satánica el papel de corruptor y de verdugo. Los caminos de la disipacion, como los senderos de los Alpes en el invierno, tanto mas rápidamente se andan cuanto mas helados están. Descendí por ellos sobre el mundo, no con la impaciencia ó la curiosidad del viajero, sino con la ira del invasor. Me despeñé, como el ángel precipitado del coro de los serafines, con el mismo pesar del bien que me habia sido robado. Me enroscué, como la antigua serpiente, en los árboles de la vida. Hablé á las criaturas, curiosas ó hastiadas, de ciencia y de felicidad y de ser dioses, como el espíritu tentador. No me faltaron Evas, no me faltaron víctimas. Entre las merecedoras del desprecio, las dignas de compasion; entre las culpables, las inocentes; entre las que me dejaron con risa, las que abandoné á su llanto; entre las que hicieron farsas de locura para divertirse un carnaval, las que quedaron locas en una aventura de máscaras... ¡Ay!... Las mujeres que gastan y endurecen el corazon contraen una responsabilidad mas grande que las que embotan los deseos y

enervan el temperamento. Aquella pasion desventurada habia dejado viva y ardiente y acerbamente excitada mi vida juvenil; lo que habia agotado para siempre en mis entrañas, eran las fuentes de la ternura, el sentimiento de la constancia y la religion de la correspondencia...

La época se prestaba maravillosamente á la ejecucion de este papel y al desarrollo de este carácter. No basta representar; era menester ennoblecerle. En otras personas hubiera sido trivialidad y bajeza; era preciso dorarle con el brillo del talento, realzarle con el prestigio de la importancia y de la posicion. Era fácil imponer como elegante moda en la sociedad lo que era de tanto efecto en la política y en la literatura. En aquellos años de revolucion innovadora, de transformacion radical, de guerra civil y de romanticismo literario; en aquella época de encumbramiento de nuevas fortunas, de exaltacion súbita de posiciones oficiales y de aparicion meteórica de celebridades poéticas, habia muy anejo teatro para que todas las sugerencias de la venganza y todas las reacciones satánicas de la rebeldía revistieran la forma del talento y recibieran la apoteosis del entusiasmo. Yo fui entonces uno de aquellos ídolos de barro dorado, ante cuyas aras la sociedad vió caer víctimas humanas con la misma algazara de triunfo con que celebraba la noticia de numerosos fusilamientos en alguna plaza tomada. Los horrores de la guerra eclipsaban y hacian sombra á los escándalos de las costumbres; la exaltacion de los sentimientos políticos daba un barniz de idealismo á la ambicion; el riesgo continuo de la muerte hacia desaparecer el egoismo del cálculo y el materialismo de los apetitos; la literatura prestaba la magia de sus atractivos á los extravíos del sentimiento y á la perversidad de la pasion. Es verdad que ahora asoma y empieza otro mas vergonzoso periodo, en que á la ambicion reemplazará la codicia con toda su deforme desnudez, y el interés sórdido se ostentará con todo su repugnante egoismo, y la disolucion en toda su cinica impudencia; nosotros preludivamos esta época, haciendo escala de la política en la perversion de la moralidad, y empleando las exaltadas fuerzas de nuestra inteligencia en aquellas tempestuosas sacudidas, con que pasábamos de los desvaríos de una ciencia falsa y vacía á las delirantes alucinaciones de una literatura ébria y mal sana, histórica y enloquecida...

Y por todos aquellos escándalos de agitacion, por todos aquellos vaivenes beodos de conducta política, por todas aquellas convulsiones de polémica científica, pasé yo, audaz y altanero, del brazo de tantos otros que encontraron en aquel golfo de sangre y de fango la muerte, la demencia ó el suicidio... Tambien algunos, es verdad, llegaron al poder y á la fortuna. ¡Así es él, de fecundo, el poder que fundamos! ¡Así fueron ellas, de respetadas y durables, las prosperidades que conocimos!...

Yo, del suicidio salvé mi vida, de la venalidad salvé mi honra; pero no pude salvar mi conciencia de la responsabilidad y remordimiento de haber contribuido con todas las dotes que para lo bueno, lo bello y lo grande me habia dado el cielo, á esta obra de corrupcion, de frivolidad y anarquía, de indiferentismo y de duda, de negacion de todo criterio y de desconocimiento de toda autoridad, que ha entregado la dominacion de nuestra época á la trinidad atea de estos principios: — ¡El interés! — ¡El placer! — ¡La fuerza!... cuando los consagra la legitimidad de la fortuna...

Y tornaba Javier á distraerse en sus reflexiones, y tornaba Enrique con miramientos respetuosos á querer traer á su narracion descosida, volviendo á pronunciar aquel nombre de Blanca, de que él parecia huir con tanto cuidado ó con tanto miedo.

—¡Blanca!... replicó Javier, Blanca dejó tambien su primer retiro... ¡Blanca hizo tambien llegar á las regiones del mundo el nombre de su bautismo de penitencia! Pero ¡cuán diferente de la mia su celestial aparicion! ¡Qué horrible debió de ser á sus ojos y á los del cielo el contraste de mi infernal despecho con su edificante resignacion!... Ella, para expiar un crimen de que se consideraba la ocasion funesta, no creyó suficiente la austera práctica de un solitario ascetismo. Túvole por deleite inmerecido y por religioso regalo de almas inocentes y sencillas. Las nuevas circunstancias de la sociedad hicieron un llamamiento irresistible á aquella caridad ardiente, que era, en su alma seráfica, sed de martirio. Vióselas denodada volar, en alas de sus negras tocas, á la liza de las mas penosas tareas, al teatro de incesantes escenas de dolor y de increíble sacrificio. La Providencia derramaba á manos llenas las plagas de su ira, los furros de la guerra, las matanzas de la revolucion, los estragos del cólera: donde quiera aparecia la sublime penitente al frente de sus compañeras, como guiando á una legion de ángeles de misericordia. El mundo, sobrecogido de admiracion, abrió sus filas á su paso, y re prosternó con reverente saludo de bendicion ante la heroína de los hospitales, ante la mártir generosa de tantas calamidades, la protectora de tantos menesterosos, el ángel custodio de tantos desamparados, el remedio ó la santificacion de tantas miserias. Tambien á mí me alcanzó su rescate. Obra de su intercesion y de su ejemplo debia de ser la redencion de mi caida. Debía dolerle sobre todos los infortunios la condenacion de mi alma. Mas que la atmósfera pestilente de las ciudades infestadas, mas que el estampido del cañon, que le llevaba centenares de hombres mutilados, debian llenar de pavor su ánimo el estrépito de mis aventuras, el brillo de mis falsos talentos, el ruido de la fama vergonzosa de mis acciones. Tantos tormentos y virtudes como tejieron entonces la corona de espinas de su frente, no podian ser la penitencia de su falta, sino la ex-

piacion que ofrecia al cielo por mi culpa. Conocia la dureza de mi corazon, y bien sabia que de tesoros de gracia se necesitaban para ablandarle. El cielo la contaba en el numero de sus gloriosos escogidos, entre las mas esforzadas heroínas de sus militantes legiones, antes de que mi depravado espíritu tributara un homenaje de respeto á su santidad y una lágrima de compasion á su sacrificio. Bien debia saber que para la rehabilitacion de su vida bastaba á los piés de Dios el holocausto de una lágrima; pero que esta alma empedernida habia de necesitar el espectáculo de cuatro años de martirio para creer en la virtud...

Hubo una noche tremenda y memorable. Fué al cabo de un dia espantoso de epidemia y mortandad, en una ciudad populosa. Ejercia yo funciones públicas, y las desempeñaba con celo. Aquella noche llegaba, despues de muchos pensamientos graves, de meditaciones lúgubres, despues de muchas llamadas del corazon... Habia tenido muchas noticias de la que se llamaba Irene. Ya el año anterior, y en otra calamidad semejante, la habia visto volar, por aviso mio, á la salvacion de tu prima, que encontré moribunda, y que creyó deber su asistencia á relaciones de tu amistad... Yo fuí testigo oculto, aunque ya enternecido, de los maternales cuidados que le prodigó, y que tú me contaste un dia minuciosamente. Ya comprendia yo la religion del dolor... Ya habia meditado mas, habia escrito mejor, habia trabajado algo, habia llorado mucho, habia empezado á aborrecer la sociedad frívola; me habia impuesto obligaciones pesadas, y contraído el empeño de otras mas austeras... Aquel dia, sobre todo, habia pensado muchas veces en la vanidad de los placeres, en el mal empleo de la vida. Habia tenido que presenciar el espectáculo de muchas muertes, de muchos lutos y de muchas lástimas. Habia tenido que visitar las iglesias, que entrar en los cementerios. A fuerza de ver cruces y cadáveres, mis labios habian murmurado oraciones. De noche, á las altas horas, recorria los salones de un hospital... Allí la encontré, allí la ví... allí estaba Irene... en un lecho de agonia, exánime, moribunda, cárdena, desconocida y deshecha, sin acuerdo ni sentido... Allí pasé la noche, allí me encontré el albor del dia... No lo ha sabido nunca... no turbé el letargo de su crisis... Arrodiado muchas horas á los piés de aquel lecho, oré con fervor por la primera vez de mi vida. Así fué como me reconcilé con su memoria... así me reconcilé con mi propia conciencia... Cuando volvió de su parasismo, estaba yo lejos; cuando se levantó de aquel lecho, navegaba yo en el buque que me condujo á la Palestina. Al prosternarme en adoracion sobre el sepulcro de Cristo, habia llorado toda una noche sobre el jergon contagiado en que agonizaba una santa esposa suya...

A la vuelta de mi peregrinacion, empezó á existir entre nosotros cierta relacion invisible, misteriosa y muda, como la que en los bosques establece la corriente del aire entre los árboles y las flores distantes. Ella me enviaba plegarias de humildad, avisos de consuelo y peticiones de caritativo socorro; yo le encomendaba de cuando en cuando enfermos desvalidos y menesterosos desamparados. Alguna vez sentí magnéticamente cerca de los míos la proximidad de sus pasos; pero solo en dos señaladas y bien diferentes ocasiones llegué á encontrar una lejana ó encubierta mirada de sus ojos...

Vila una vez (tambien era una tristísima noche), subiendo las escaleras de un palacio, con el noble intento de arrancar de una muerte inéfica á la víctima mas interesante y generosa de nuestras discordias civiles... Tuve despues con ella un singular encuentro en un lugar bien extraño... Irene estaba en los salones de un baile de Villahermosa, el año pasado... Ignoro el misterioso objeto con que la dirigió allí su voluntad; pero sé muy bien el fin con que la condujo la Providencia... El reconocimiento de este fin supremo, en un momento de espantoso peligro; el sentimiento del socorro enviado en la infernal perplejidad de una tentacion seductora, la vista de la mano que se tendió á sostenerme á orilla del abismo de una recaída irreparable, decidieron milagrosa é irrevocablemente del destino de mi vida.

Algo me falta aun, Dios mio: me falta lo que ella no me puede dar, lo que en ella misma no ha podido borrar, ni el tiempo, ni la desgracia, ni el claustro, ni la ausencia, ni la enfermedad... En vano es lo que es; Dios no quiere nunca deshacer lo que ha sido. Sobre el destino de un hombre, como sobre el destino del mundo, pesa siempre la primera culpa como influencia de todo mal. Se redime, pero no se borra. Esa mujer, causa ocasional de mis extravíos, pudo ser instrumento de mi conversion, y su memoria es, sin embargo, la última, mas tenaz y poderosa de mis tentaciones. Estréllanse todavía contra ella mis mas arrogantes propósitos, mis mas meritorios esfuerzos. ¡Ay!... yo no amargaria con esta declaracion su conciencia de arrepentida; pero ante el Dios que nos escucha, bien puedo hacer la humilde confesion del penitente. Dios no ha permitido aun que llegue á reverenciar como sagrado lo que adoré profano y que escarneí libertino... Sublime, celestial para todos, aun es funesta para mí... Cuando la contemplé trasfigurada en la altura de su reparacion gloriosa, quise edificarle un tabernáculo de adoracion sobre la cima de la excelsa montaña; pero ¡ay de mí!... ¿Cómo podia encontrar en mi corazon el nicho de la santa, aquel idolo de pasion, que aun tiene allí mullido el reclinatorio de tantos abrazos y la pira no apagada, en que se alimentó dia y noche la llama de tantos deseos?...

Sonaba en esto otra vez, casi agonizante, en cortados suspiros, el canto religioso de las elevadas rejas; y Javier, como si replicara á preguntas hechas por las vi-

braciones de los destrozados compases, contestaba con sollozos sin lágrimas á aquellos acentos sin palabras.

Y luego, en tono de mas vehemente exaltacion, como si batallara en las sombras con un fantasma, ó mas bien como si elevara á Dios en lo íntimo de su alma una oracion fervorosa en un inminente peligro...

— ¡Oh! sí, yo alejaré, decia, esa vision de un mundo que ya no es el mio; yo desecharé esa tentacion fascinadora, yo quebrantaré en menudos pedazos el mágico espejo en que se reproduce esa imagen idolatrada... Mucho cuesta, Dios mio, renunciar á la reminiscencia de las juveniles flaquezas, cuando el corazon exhausto ha gastado todas sus fuerzas... Mucho cuesta renunciar á la compañía que hacen al alma, al asomar la senectud solitaria, las imágenes ardientes de la juventud primera... Mucho cuesta doblar la rodilla por las noches sobre una grada de áspero granito, sintiendo aun la blandura del terciopelo de muelles almohadones... Mucho cuesta por las mañanas, al salir del lecho, besar una cruz tosca de madera, sin que ni manos de nácar ni labios de púrpura enjuguen las lágrimas que se secan solitarias en las demacradas mejillas... Pero en esta dura prueba de mi atormentada soledad, Dios vendrá á mí, sobre las alas del ángel de mi guarda, testigo invisible de mis rudos combates, á darme el galardón de sus inexplicables deleites por corona de tan reñida pelea. Si no me ciñe pronto la palma de la victoria, yo haré tanto mas las delicias de mi triunfo del dolor de mis golpes y de la sangre de mis heridas... Si esa imagen indeleble no puedo colocarla santamente en mi pecho, como una efigie en un relicario de devocion, yo la clavaré en el alma, como un cilicio de puntas de acero, que haga destilar noche y dia al corazon toda la sangre que he vertido, que haga reventar en los ojos todas las lágrimas que por mi causa y por mi culpa se han llorado...

Yo ahuyentaré este mal pensamiento de creer que es todavía una flaqueza de amor, lo que Dios no me ha dejado sino como un torcedor de penitencia. Yo daré testimonio al mundo de que cuando he dicho un adios supremo á todas las pasiones y á todas las vanidades, vanidades de sentimiento, vanidades de ambicion, vanidades de filosofía, es porque el cielo me ha mostrado, ó me ha hecho entrever á lo menos, la única realidad de amor que puede satisfacer el corazon, el único resplandor de verdad y de gloria que puede iluminar la inteligencia...

He visto ya cómo el testimonio de la conciencia y el reconocimiento de la dignidad humana, la sabiduría, el talento, el deseo de celebridad, el entusiasmo de la virtud, no bastan para sustentar y ennoblecer la vida. El hombre es tan miserablemente juguete de sus deseos,

que se complace en poner todos esos sentimientos á los piés de sus ídolos...

La razon, la filosofía, la conciencia, el orgullo, dirán á cada hora del dia, gritarán á cada página de la historia del hombre y de la historia del mundo: « No; el hombre no ha nacido para ser esclavo de una mujer; para que un sentimiento de amor, el mas noble, el mas altamente empleado, sea norma y fin de todas sus acciones... No... la pasion mas elevada es una frivolidad, cuando no es un extravío. No hay, con ella, talento que no decaiga, ni inteligencia que no se ofusque, ni conciencia que no se perturbe, ni sentido moral que no se pervierta; no hay virtud que no flaquee, no hay temperamento que no se enerve... Una pasion ardiente es como el viento del desierto, es como el caballo de Atila; en el corazon por donde pasa, no vuelve á crecer yerba. Queda estéril para todos los grandes, dignos y santos objetos para que ha venido al mundo. En vano, si ha nacido eminente, la patria le pedirá el ejemplo de las grandes virtudes, y la humanidad el tributo de los grandes talentos. En vano, si ha nacido mediocre ó vulgar, la sociedad reclamará el concurso y apoyo de sus fuerzas, y la familia el continuo empleo del trabajo honrado y bendecido. Ningun hombre que ha tenido el culto de las virtudes modestas y de las artes privadas, ha sido nunca el objeto de una pasion. Ninguna de las grandes existencias que han ilustrado al mundo se ha sacrificado á una mujer. » ¡Ay! sí; la razon, la moral, el honor y el orgullo dirán esto siempre á la conciencia del hombre, y él se complacerá siempre en doblegar la rectitud de su conciencia y en postrar la altivez de su orgullo á los piés de la pasion, hoy, el último dia de la mayor civilizacion del mundo, lo mismo que aquel que huia del Eden profanado, diciendo á su Dios: « La mujer que amé me dijo que pecara, y héme aquí amortajado para la tumba. » Y esta palabra ha resonado en todas las generaciones con la herencia de su humillacion y con las consecuencias de su caída, y donde quiera que el hijo de Adan haya tomado de las manos de la hermosa la poma de la seduccion tentadora, Hércules ó Sanson, Herodes ó Marco Antonio, Abelardo ó Rafael, Nelson ó Lord Byron, lo mismo han aparecido todos de degradados y decaídos, de perversos ó malogrados, en los mas vivos esplendores de la ciencia, entre los rayos mas deslumbradores de la gloria...

¡Ay! ¿Qué mucho que el amor tiranice al hombre á pesar de su razon, cuando la razon le tiraniza á despecho de su conciencia?... ¿Qué importa que alguna vez le aparte, por cálculo ó por orgullo, del amor de una mujer, cuando no le reemplaza con otra felicidad que con la adoracion de sí mismo?... ¿Qué mucho que á ese horrible sofisma del espíritu, que coloca el fin de la existencia en los placeres, respondan los sentidos posttrándose siempre ante la soberanía de los amores?... ¿Cómo no será la razon desobedecida, ó ineficaz el orgullo, cuando, al apartarnos de la seduccion de la hermosura, nos ofrece solamente para consuelo del corazon la impotencia de la insensibilidad?...

A esta tremenda blasfemia ó á esta cínica esperanza, mis sentidos se sublevan hoy, mi conciencia moral se sublevará mañana... Mi sangre hierve todavía bastante para que los goces del amor tengan aun mas grande imperio sobre mi corazon que las satisfacciones de la vanidad; los abrazos de una mujer querida me embriagan en éxtasis mas delicioso que el licor de los banquetes; los ojos de una beldad tienen á los míos mayor brillo que los diamantes de la opulencia; la sonrisa de unos labios de rosa es galardón de mayor precio que los aplausos de la multitud, y un brazo de alabastro pasado por mi cuello, ó un suspiro de ternura exhalado al alcance de mis labios, tienen aun mas irresistible seduccion que el estrechar la mano de un magnate ó escuchar la lisonja de un soberano...

Mi espíritu responde que yo no lucho contra el amor porque amor sea, sino porque ese amor no es mas que placer. Contra lo que busco en vano en la razon mi ayuda, es contra la divinizacion de ese placer que desdeño, no porque no le sienta, no porque no me embriague ó me subyugue (¡Dios mio! en tal caso no le combatiría), sino porque hay una voz mas alta y misteriosa, que suena allá en la region donde el alma toca al cielo, que contra el imperio del placer me grita, y contra su soberanía me rebela...

No, el placer no puede ser el empleo de la vida ni el destino del hombre. Ni satisface las necesidades del espíritu en el individuo, ni corresponde á ningun objeto propio de la humanidad. En todas sus manifestaciones incompleto é insuficiente, en todas sus formas mezquino y despreciable, no le ha sido dado nunca ser la inspiracion de ninguna hermosura ni móvil de ninguna grandeza. Mas adelantos y conquistas, verdades y maravillas ha hecho nacer en el mundo el entusiasmo del dolor y de la fatiga, el instinto de la sangre y de la guerra, la fascinacion del peligro y la irracional tentacion del sacrificio y del sufrimiento. Hasta el placer, para ser alguna vez sublime, ha pedido al dolor sus punzantes atractivos, y las alegrías, para ser santas, toman á la aficcion sus lágrimas... ¡Ay del hombre que solo en el placer cree!... ¡Ay de la sociedad que solo el placer adora!... ¡Ay del que solo en la razon busca el suplemento de los placeres y el antídoto contra las pasiones!... Por la razon, la naturaleza sensual no abandonará el amor, sino para entregarse á la disolucion... Por la razon, el inválido del mundo no se retira de los deleites, sino para demandar el placer de la vida á la excitacion de los crímenes...

(Se continuará.)

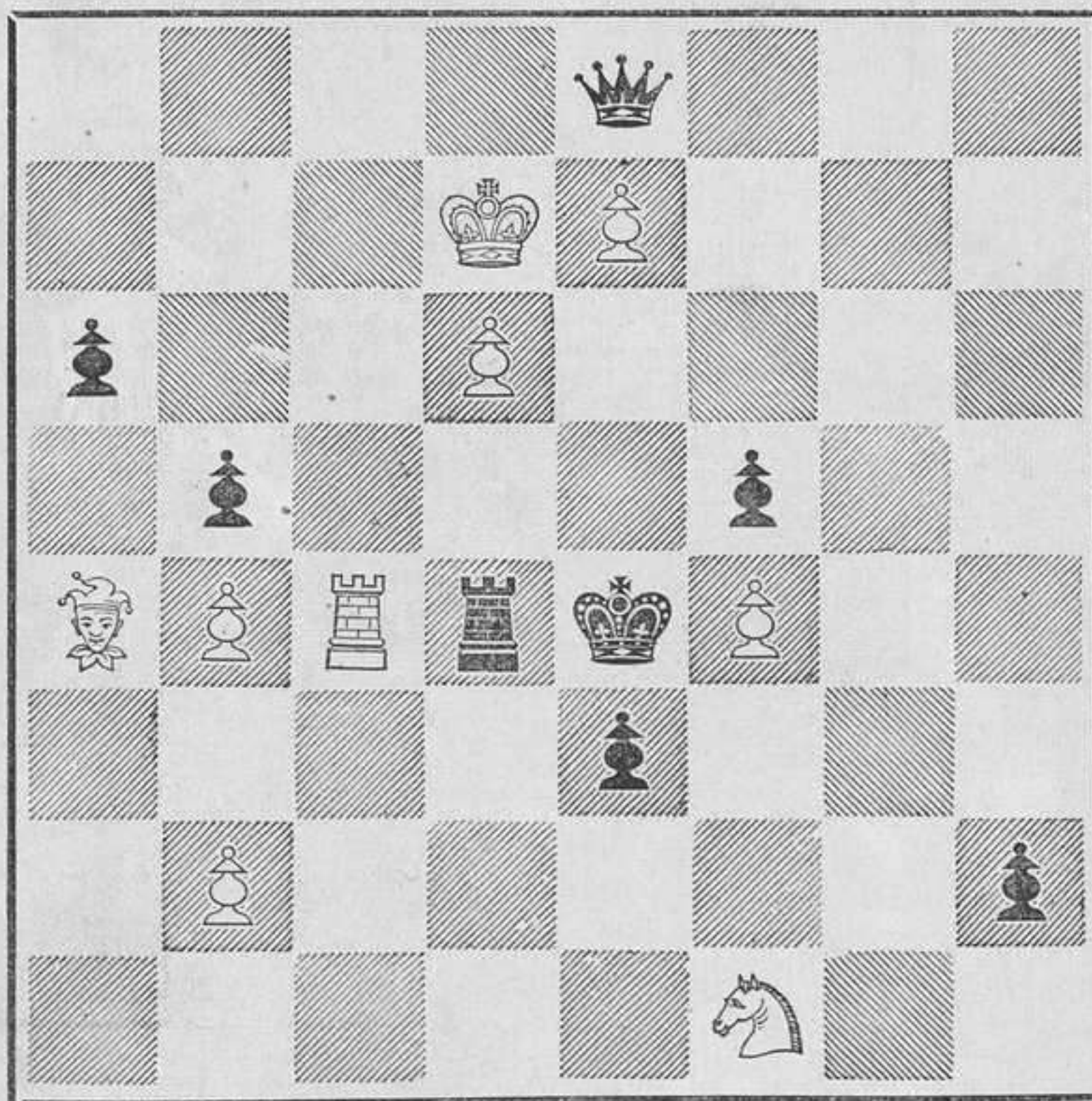
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 322

- 1 Rª 8ª TRª C 6ª T
- 2 P 8ª CR C toma P
- 3 Rª 5ª Rª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 323, POR M. PORTILLA.

NEGRAS.

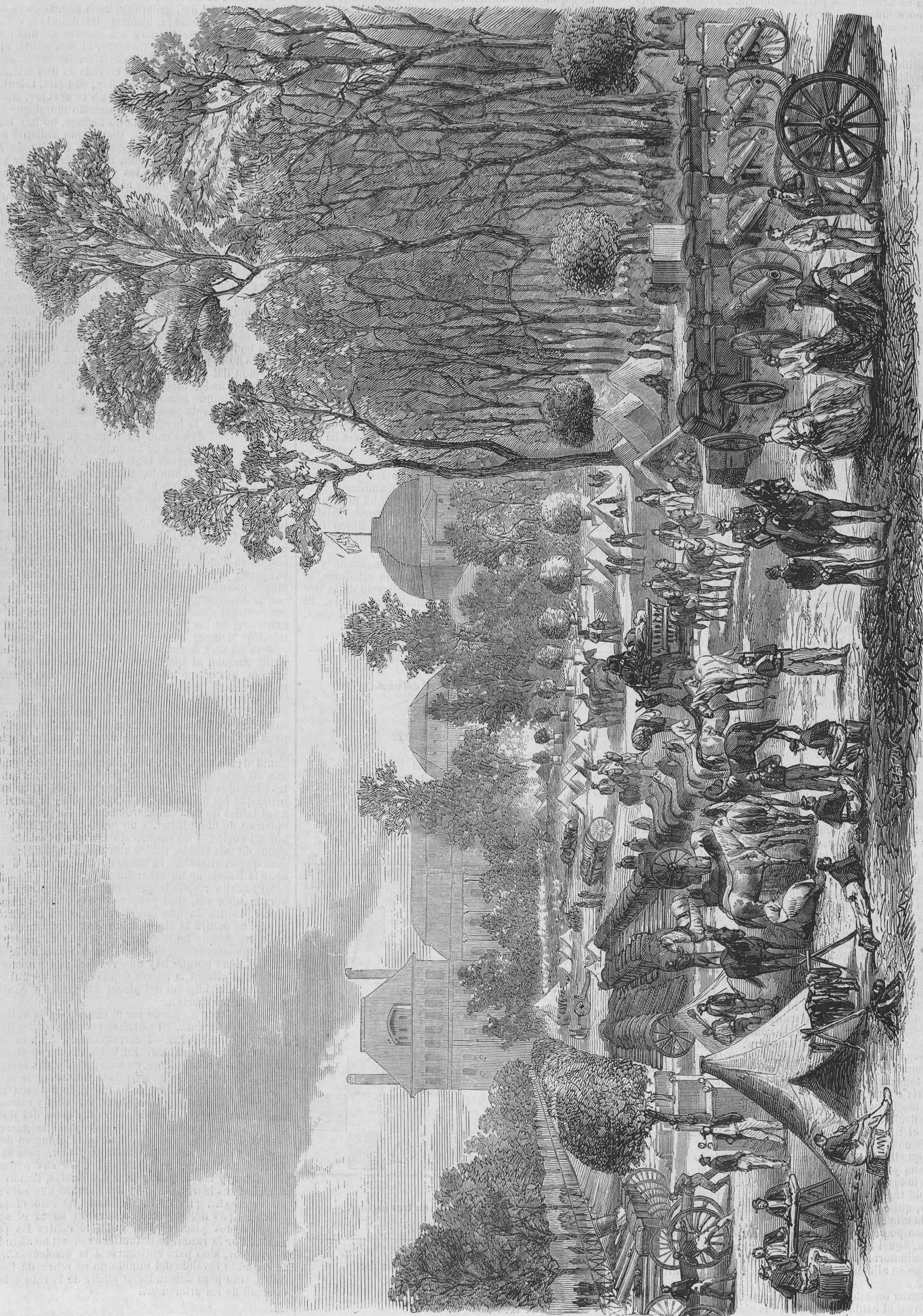


BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables,
X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.



DEFENSA DE PARIS. — La artillería en el jardín de Tullerías.